

A.C.N. DE P.

AÑO XXXIV

1-15 de enero de 1958

NUMS. 625-626

Depósito legal: M. 244-1958

La misión de la Iglesia y de los seglares en los documentos del II Congreso Mundial de Apostolado Secular

PROSEGUIMOS en este boletín la publicación de los documentos del II Congreso Mundial para el Apostolado de los Laicos. Recogemos los cuatro documentos que constituyeron la parte doctrinal de esta universal asamblea, y que son las siguientes exposiciones: la de monseñor Montini, sobre "La misión de la Iglesia"; las de nuestro compañero Alfredo López y del representante australiano Francisco J. Sheed, sobre "Los laicos en la Iglesia", y la de monseñor Gerardo Philips, sobre "La vocación apostólica del laicado".

Nuestros lectores encontrarán en estas cuatro lecciones un arsenal de ideas y de orientaciones para conocer la dignidad, la necesidad y la eficacia del apostolado secular. Especialmente la lección de monseñor Montini sobre la misión de la Iglesia posee una fuerza y un atractivo extraordinarios. Su invocación al amor con que se ha de proceder frente al mundo que se trata de evangelizar encierra todo un programa de acción insuperable.

Los miembros de la A. C. N. de P. estamos obligados a meditar todas estas enseñanzas y a esforzarnos para llevarlas a la práctica en nuestra esfera de acción apostólica. Para eso se publican aquí. No para dejarlas inertes.

Hemos de trabajar con santa tenacidad para hacer un mundo más divinamente fraterno. Para que reine, en definitiva, la caridad de Cristo. Para que las estructuras temporales de la sociedad ayuden a vivir una vida cristiana a todos los hombres. Y mientras esto no llega, nuestra obligación es alentar incansablemente la "rebelión de los hijos de Dios", según la consigna feliz del Movimiento por un Mundo Mejor.

Hemos de seguir combatiendo en esta guerra singular, que, como hace notar el australiano Sheed en la lección aquí publicada, se combate en favor del enemigo y no contra él. Porque nuestro "enemigo" es nuestro prójimo alejado de Dios, a quien tenemos que ganarle para Él.

El apóstol y la crítica

Nuestro compañero Blas Piñar ha publicado en el diario "A B C", de Madrid, correspondiente al 29 de diciembre, un artículo que nos complacemos en reproducir como aliento y estímulo a cuantos trabajan apostólicamente, de un modo especial en la vida pública.

La oposición ha sido siempre una postura cómoda. La crítica fácil ha existido siempre y surge en todas las esferas. No es privativa tan sólo del campo político. En el seno de la Iglesia, en las obras de apostolado, la crítica es frecuente y, en muchas ocasiones, demoleadora.

La crítica es fácil, frecuente, demoleadora, acabamos de decir.

Fácil, porque toda empresa en que interviene el factor humano está llena de lagunas, defectos e imperfecciones.

Frecuente, porque el reformista se encuentra a cada paso dispuesto a lucir su poco meritoria habilidad.

Demoleadora, porque sólo en contadas ocasiones el crítico actúa con espíritu constructivo, ofreciendo soluciones claras para paliar o suprimir los fallos que apunta.

El amor propio, el prurito de originalidad, el odio de los fracasados se han dado cita en el curso de la historia para promover y alimentar esas grandes hogueras que se llaman la Reforma y la Revolución.

Muchos de los errores del Pontificado que acusó Lutero, muchas de las arbitrariedades de la Monarquía que puso de relieve la filosofía burguesa de la segunda mitad del siglo XVIII eran ciertos y deberían corregirse.

Sin embargo, en el seno de la Iglesia el camino de la Reforma no lo siguió Lutero, cargado de pasiones, sino Ignacio, cargado de cruces.

Desgraciadamente, en el seno de la sociedad política no llegó a producirse un fenómeno similar a la auténtica Reforma, y la lucha quedó y sigue planteada sin que al presente podamos vis-

lumbrear otra cosa que confusión y tinieblas.

Cristo, cuyas obras eran perfectas, iba de boca en boca. Sus conversaciones con las gentes de mal vivir, sus milagros del sábado, sus palabras de perdón, ¿no fueron dura y tenazmente criticados? ¿Y ha de ser el discípulo mejor tratado que el Maestro?

Nada puede extrañarnos la crítica. Ante ella hay que adoptar posturas cristianas. Y la crítica, aun la demoleadora, es útil. En primer término, porque al mortificarnos desgarramos el apego que podemos tener a las cosas, que, a fuer de considerarlas como "nuestras cosas", olvidamos que se trata de "cosas de Dios". En segundo lugar, porque nos llama la atención sobre aquello que por estar tan próximo a nosotros carece de perspectiva y nos engaña. Finalmente, acerca y tonifica la voluntad y la hace fuerte y decidida, enseñándola a no acobardarse ante los sinsabores de la murmuración y de la impopularidad.

Traigo a mi memoria todo esto porque a veces, muchas veces, noto el latigazo de la incomprensión y del desaliento. Y esta tentación—que ha frustrado tantas ilusiones y ha dejado estériles e infructíferas tantas energías—conduce al grave pecado de omisión.

Y el pecado de omisión es fruto de la soberbia. No quiero exponerme al ridículo del fracaso, ni a la burla de los escépticos, ni a los ditirambos de los empalagosos, ni a la ironía de los prudentes, ni al gesto de impaciencia de los violentos. Tampoco me gusta que al roturar se quiebre mi arado y aparezcan mis debilidades y que al subir más arriba todos me vean, examinen y contemplan sin miramiento y sin misericordia.

Todo esto se llama tentación. Mis talentos no son para guardarlos, temeroso de su pobre valor adquisitivo, sino para hacerlos jugar en las encrucijadas de la vida. En ese juego no hay pérdida posible. Hasta el talento que a fuerza de luchas y empujones se pudre desconocido y olvidado se transforma en grano de trigo que da el ciento por uno.

El reino de Dios padece violencia —¡oh turba escalofriante de los modera-

Proyección cultural de los propagandistas

Jornadas pedagógicas

Durante los días 3 y 4 de enero se han celebrado en Madrid las V Jornadas Pedagógicas para Inspectores Diocesanos de Enseñanza Primaria y Directores de Escuelas del Magisterio de la Iglesia. Tema general de estudio fué "La formación social del profesorado y los alumnos de las Escuelas del Magisterio de la Iglesia". Entre los ponentes de estos estudios ha figurado el consiliario del Centro de Madrid, don Andrés Avelino Esteban, miembro del Instituto Padre Suárez, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, y el propagandista del Centro de Madrid don Marcelino Reyero, inspector central de las Escuelas del Magisterio de la Iglesia.

Conferencias de los Padres de Familia

— En la Semana de la Familia organizada por la Asociación Católica de Padres de Familia de Madrid, con la colaboración de la revista "Espiritualidad Seglar", han intervenido los propagandistas don Florentino Carreño, que habló en el Colegio de Chamberí sobre "Colaboración de los colegios y los padres de familia en la educación de los

dos y de los tibios!—. Y yo soy el primero que he de hacerme violencia para la conquista del reino.

Es verdad que mis fracasos se cuentan por decenas. Es cierto que la obra de apostolado en que me empeño no marcha como debe. Es evidente que me dejo llevar en muchas ocasiones por ideales que no son tan puros y bellos como yo los quisiera. No cabe duda que siempre, en el fondo, acabo por encontrar algo de mí, cuando debiera encontrarme con Dios sólo.

Pero esto no es sino la escoria de mis pecados. Aspirar a lo perfecto está bien. Es la meta que se hará vida en un mundo por venir. Ahora he de saberme mezquino, imperfecto, miserable, y cada fracaso ha de ser una prueba de mi nada y un aliciente para la humildad.

Me impresionó aquella frase: "Tienes que aceptar lo imperfecto, tienes que abrazarte a lo imperfecto."

El rugido de ira que estalla en mí ante los grandes y pequeños desfallecimientos, ante la quiebra de mis planes y trabajos, es fruto de una ambición desbocada, incontentida, que rechaza los rieleos de la mortificación.

Abrazado a las imperfecciones, a las mías y a las de los otros, he de seguir adelante.

Dejarme arrastrar por la desgana, arrinconarme para siempre, es soberbia y cobardía. Mi senda de perfección estará llena de caídas y pescozones. ¡No importa! ¡Adelante!

Si ese temor de sentirse imperfecto hubiera paralizado a los apóstoles, la Iglesia de Cristo sería hoy un puro recuerdo sentimental.

Con la sonrisa en los labios, con la mirada humilde y alegre, quiero llevarte sobre mí. ¡Que ningún escrúpulo me detenga! Entro contigo en Jerusalén. ero si aplauden y las palmas y los ramos de olivo cubren la carrera y los hosannas nos aturden, ello es por ti. Que mi torpe condición no me inquiete ni me turbe. Lo importante es que Jesús llegue a la Ciudad Santa, aunque tenga que valerse de un pobre borriquito.

Blas PIÑAR

hijos", y don Francisco Cervera Jiménez Alfaro, que habló en el Colegio de la Sagrada Familia sobre "Los ocios de los hijos: vacaciones y veraneo".

Un español en el Congo Belga

— El propagandista del Centro de Madrid don Antonio Ortiz Muñoz disertó el día 19 de enero, en el Patio de Cristales del Ayuntamiento, sobre "Un español en el Congo Belga", conferencia en la que expuso la enorme labor social y evangelizadora realizada por Bélgica en el Congo, que visitó recientemente con motivo de haber ganado el concurso internacional convocado con este motivo.

Mística y política de la hispanidad

— Sobre "Mística y política de la hispanidad" disertó en la Real Academia de Jurisprudencia, el día 27, el director del Instituto de Cultura Hispánica y propagandista del Centro de Madrid, don Blas Piñar López.

NOTICIAS

Cargos políticos

El propagandista del Centro de Madrid excelentísimo señor don José Ibáñez Martín, hasta ahora presidente del Consejo de Estado, ha sido nombrado embajador de España en Lisboa.

— Don Adolfo Muñoz Alonso, propagandista del Centro de Madrid, que ocupaba el cargo de Secretario general técnico del ministerio de Información y Turismo, ha sido nombrado Director general de Prensa.

— Ha sido nombrado alcalde de Murcia el propagandista de aquel Centro don Antonio Gómez Jiménez de Cisneros, que desempeñaba el cargo de delegado provincial de Sindicatos.

— Nuestro compañero del Centro de Madrid don Juan de Contreras y López de Ayala, marqués de Lozoya, ha sido designado miembro del Consejo de Administración del Patrimonio Nacional.

Nuevos cargos en La Editorial Católica

— Se ha reorganizado la Junta de Gobierno y el Consejo de Administración de La Editorial Católica.

En la Junta de Gobierno, que pasa a presidir el señor Obispo de Málaga, doctor Herrera Oria, continúan los propagandistas don Fernando Martín-Sánchez Juliá (vicepresidente), don Luis de Zulueta (secretario), y como consejeros don Enrique Calabia, don Antonio González y don Manuel de Bofarull.

Del Consejo de Administración forman parte los propagandistas señores Sinués Urbióna (presidente), don Javier Martín Artajo (vicepresidente), don Alberto Martín Artajo (consejero delegado de Redacción), don Mariano Rioja (consejero delegado de Administración), don Alfredo López Martínez (secretario), y entre los consejeros figuran los señores Cremades Royo, Cuervo Radigales, Morcillo Herrera, Peñaranda Barea y Sirvent Dargent.

Ha dimitido en la Junta de Gobierno don Luciano de Zubiría, y en el Consejo de Administración, los propagandistas señores De Luis y Díaz, Sagüés e Irujo y Villalonga Villalba.

Han cesado como consejeros y han

El Centro de Badajoz estudia la renovación de la sociedad por la caridad fraterna

Están examinando la concreta realidad de la vida cristiana en Badajoz

El curso se abrió solemnemente en octubre con un círculo que presidió el señor Obispo coadjutor y se dedicó exclusivamente a preparar el programa del año, de acuerdo con las orientaciones de la Asamblea de Loyola. De los puntos propuestos en ésta como temas de estudio se escogió, en primer lugar, el de la renovación de la sociedad por obra de la caridad fraterna, pero actualizado a la realidad de esta diócesis y provincia, y en segundo, el referente a la juventud. Respecto al primero se ha hecho un programa distribuido en siete ponencias, que se encargaron a diversos miembros del Centro. La primera la tomó a su cargo el Obispo coadjutor, que en el círculo siguiente la desarrolló no sólo ante los miembros del Centro, sino ante un buen número de invitados representantes de las diversas actividades apostólicas de la capital. Versó sobre las características de una auténtica sociedad cristiana y resultó una magistral lección.

La segunda ponencia, a cargo del propagandista don Manuel Fernández Urosa, abogado y jefe del negociado en el Ayuntamiento, se refiere a una exposición sincera de la realidad actual de la sociedad cristiana pacense, y ha resultado tan interesante que ya van varios círculos dedicados a su desarrollo, pues aparte de que ha hecho un estudio detalladísimo y documentado de los diversos estamentos sociales de la capital, el coloquio que sigue a cada punto principal suministra interesantísimas sugerencias que queremos concretar al final en conclusiones de orden práctico.

Se ha procurado que los actos religiosos tuviesen lugar en los días señalados, sin faltar ninguno, y afortunadamente la concurrencia a ellos, hasta ahora, es del 90 por 100 de los asociados en sus diversas categorías.

La vigilia de la Conversión de San Pablo fué de las más solemnes y concurridas y se hizo según el proyecto de ritual, que agradó extraordinariamente.

El Obispo coadjutor, doctor don Eugenio Beitia, sigue considerándose como un propagandista más y asiste a todos los círculos que sus quehaceres pastorales le permiten, y con su ayuda será posible acometer de frente alguna de las empresas apostólicas proyectadas, y entre las que se encuentra la de crear un centro de matrimonios jóvenes que puedan influir en la sociedad por su eminente proyección social. Queremos que lo nutran ingenieros, técnicos y empresarios del Plan de Badajoz, que ahora constituyen la nota de más actualidad en la vida pacense y que quizá por no haber nadie que los conduzca están un tanto apartados de las actividades apostólicas, siendo excelentes cristianos.

sido designados consejeros de honor nuestros compañeros Mariano Pérez de Ayala y el reverendo señor don José María Sauras Navarro.

LA MISIÓN DE LA IGLESIA

ES LA MISMA DE CRISTO, CUYA OBRA CONTINUA

NO ES DIRECTAMENTE POLITICA, NI SOCIAL, NI ECONOMICA | ES ESENCIALMENTE RELIGIOSA: LA UNIÓN DEL HOMBRE CON DIOS

Los apóstoles seculares han de dar testimonio de amor recíproco y de amor al mundo que han de evangelizar

Lección de monseñor Montini en el II Congreso Mundial de Apostolado Secular

Misión de la Iglesia: continuar a Cristo

No es repetición vana escuchar la antigua y viviente lección sobre la misión de la Iglesia. Ella está contenida en una simple frase: la misión de la Iglesia es la continuación de Cristo.

Jesucristo ha descrito así el diagrama de su vida terrena: "Yo he salido del Padre y he venido al mundo; de nuevo dejo el mundo y voy al Padre" (Jo. 17, 28). La Iglesia puede análogamente decir de sí misma: he salido de Cristo; recorro el mundo viviendo de El; y después vuelvo a El. Ella traza así la razón y la línea de su misión misteriosa.

Veamos, por tanto, cuál es el origen de la misión de la Iglesia, de dónde toma principio, no solamente en cuanto significa inicio en el tiempo, sino también causa eficiente y permanente de su autenticidad, de su autoridad y de su vitalidad.

El origen, decíamos, es Cristo.

En este derivarse de Cristo la misión de la Iglesia, o mejor, en esta identidad de las dos misiones, está uno de los puntos esenciales del catolicismo.

Recordemos velozmente:

"Quien a vosotros escucha, a Mí me escucha; quien a vosotros desprecia, a Mí me desprecia, y quien me desprecia, desprecia a Aquel que me ha mandado" (Lc. 10, 16), ha dicho Jesús. Y ha agregado el día de su resurrección: "Como el Padre me ha enviado, así os envío a vosotros" (Jo. 20, 21).

Esta doctrina respecto a la conciencia que Cristo tenía de su misión y de la continuación humana e histórica de ella es, como sabemos, fundamental; por eso no hay que maravillarse de que haya sido objeto de las críticas más sutiles y sofisticadas y de las negaciones más arriesgadas y falaces.

Pero la verdad es clara. Toda la historia apostólica lo prueba.

Detengámonos un instante en esta base. Esta se caracteriza, decíamos, por la identidad de la misión de Cristo con la de la Iglesia, y por el paso de esta identidad desde Cristo a la Iglesia, es decir, por la investidura que el apóstol recibe para continuar, garantizar, ejercitar la misión de Cristo. Dos caracteres que nosotros mismos debemos recordar bien y que podemos traducir en dos términos fundamentales para comprender y compartir la misión de la Iglesia: la "ortodoxia" y el "mandato".

Primera característica de la misión: la ortodoxia

La "ortodoxia", es decir, la perfecta derivación de la misión de la Iglesia desde su verdadera fuente, la celosa conservación del patrimonio doctrinal y sacramental de Cristo, el "depositum" del cual habla San Pablo y que un ministro de Dios debe custodiar fielmente (I Tim. 6, 20), parece que frenase la misión en el momento mismo en que ella comienza a moverse, como un vínculo que la ata a un principio inmóvil, inflexible, extrínseco y obligatorio que quita al misionero su libertad de pensamiento y de acción, mortifica su personalidad. Nuestro individualismo moderno no se inclina a simpatizar con una forma de pensamiento y de vida fija para siempre y por vía de autoridad. La misma religiosidad de nosotros los modernos parece empobrecerse cuando ha de modelarse sobre dogmas inamovibles, y también parece que nuestro fervor se apague cuando no se pueden seguir espontáneamente los impulsos del sentimiento o servirse de sus libres experiencias. La acción de tantos hombres y mujeres para difundir alguna idea moral y religiosa, prescindiendo del respeto a la ortodoxia católica, parece, a veces, que goza de mayor eficacia y de mejores argumentos, precisamente porque no parte de un punto fijo, no está obligada a dogmas determinantes, no lleva consigo la carga, sublime pero grave,

sino que deriva del genio y del estro de estos espíritus, a menudo generosos y sinceros, que apoyados en algún fragmento precioso de moralidad natural o de cualquier reminiscencia bíblica o filosófica, de alguna inspiración poética y artística, de algún genérico principio cristiano, se ponen a predicar la conversión del mundo. Son apóstoles de sí mismos, no tienen otra verdad para anunciar que aquella que se mide por su capacidad humana; les falta el "misterio" que debe mover e informar una verdadera misión salvadora; les falta el Cristo verdadero, les falta el Dios vivo. No es ya misión religiosa, sino misión humana; no es continuación de Cristo, sino asunto humano.

En cambio, debemos estar firmemente persuadidos de que la misión que Cristo ha dado a la Iglesia no puede carecer de escrupulosa ortodoxia. Ella es el anillo de unión, el canal de comunicación, la garantía de unión con Cristo de su presencia, de su autoridad. Es la condición indispensable para acoger el patrimonio divino y la garantía de su conservación intacta. Ella nos hace comprender que la misión de la Iglesia es verdaderamente una transmisión de valores trascendentes, y que erige, por lo tanto, en quien la cumple la conciencia de ser discípulo más que maestro, ministro más que defensor; en una palabra, ser canal y no fuente.

Si Cristo, el Maestro, pudo decir, hablando de sí mismo: "La palabra que vosotros escucháis no es mía, sino del Padre, que me ha enviado" (Jo. 14, 24), ¿qué deberá decir, para que se le dé crédito, quien quiera ser su discípulo y misionero? Es necesario que nos hagamos de la ortodoxia una idea diversa de la corriente, no como si fuese un yugo para quien la sufre y un látigo para quien la ejerce. En cambio, debe ser para nosotros la pasión de la verdad, como Cristo nos la ha revelado y la Iglesia nos lo enseña; debe ser la prueba de nuestra sabiduría y de nuestra humildad, capaz de recibir y transmitir los dones superiores de Dios; debe ser la seguridad de nuestros espíritus, fundados no sobre la arena móvil de las opiniones humanas o de eclecticismos arbitrarios, sino sobre la roca de la palabra divina; debe ser el estímulo para la búsqueda y la acción por senderos que ya no pueden conducirnos a la duda o perderse en el error; debe ser amor, no pretexto polémico para con aquellos que queremos atraer a la salvación cristiana.

Segunda característica: el mandato

Y con la ortodoxia, el "mandato".

La ortodoxia se relaciona con el contenido del patrimonio que se ha de transmitir; el mandato, con la capacidad de transmitirlo. La misión de la Iglesia no parte ni se organiza por sí misma. Debe recibir un mandato y una potestad inicial, que luego durará y se transmitirá en forma determinada mediante el sacramento del orden y la jurisdicción eclesiástica. Estupenda doctrina, que a nosotros nos basta comentar ahora, observando que ninguno, por sí mismo, puede improvisarse apóstol; debe recibir el mandato para ejercitar tan sublime función; y si es verdad que en la Iglesia de Dios, por la capacidad que se da en el bautismo para participar en los dones y culto divinos, por el "regale sacerdotium" que se confiere a cada fiel, todos pueden y deben asociarse a la acción apostólica de la Iglesia, sin embargo, tal acción debe tener una disciplina, que exige un mandato tanto más preciso de parte de quien ya lo ha recibido para tutelarla y promoverla, cuanto más se refiere a la santificación y la dirección del cuerpo eclesiástico o de cada uno de los fieles. Esto equivale a decir, en la práctica, que quien quiera ser apóstol debe depender de la autoridad eclesiástica y no eximirse de ella: unirse, no separarse; ofrecer sus servicios, no reivindicar la propia libertad; sentirse solidario no sólo con los intereses de la Iglesia, sino también con su concreta formación visible. El apostolado no es de libre ejercicio, sino es una milicia ordenada, una colaboración, y será tanto más

perfecto cuanto más embebido esté de espíritu jerárquico y comunitario y más unido a quienes "el Espíritu Santo constituyó Obispos para gobernar la Iglesia de Dios" (Act. 20, 28).

Objeto y fines de la misión de la Iglesia

Este es el origen de la misión de la Iglesia. Hay que ver luego en qué consiste aquélla y cuáles son sus fines específicos e inmediatos.

Aun en este sentido hay que referirse a Cristo y recordar la definición que El mismo diera a su propia misión. Ante Pilato, en un momento que exigía tal definición sintética, Jesús llegó a decir: "Yo he venido al mundo para dar testimonio de la verdad" (Jo. 18, 37). En otra circunstancia de su vida pública dirá: "El Hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que se había perdido" (Lc. 19, 10). Niño, en el templo, buscado por María, responderá: "... Yo debo ocuparme de las cosas de mi Padre" (Lc. 2, 49). Todo esto está resumido en la profesión de nuestra fe, esculpida en el símbolo de Nicea: por nosotros los hombres y por nuestra salvación descendió de los cielos y se encarnó, por obra del Espíritu Santo, de María Virgen, y se hizo hombre, padeció, fué sepultado y resucitó (cf. Denz. 54).

Si la misión del apóstol, es decir, la misión de la Iglesia, es la misma de Cristo, debemos tener en cuenta con atención escrupulosa la naturaleza y los fines de la misión de Cristo, indicados antes. Aun esto es un punto fundamental, no sólo para la teología, sino también para nuestra conciencia católica moderna.

El fenómeno cristiano ha sido objeto en los últimos tiempos, como todos sabemos, de un análisis crítico extremadamente agudo y, en general, disolvente. Pero como no es posible negar que el cristianismo sea un hecho real y todavía operante, se han intentado las interpretaciones más variadas para negar las prerrogativas sobrenaturales, para susstraerle su originalidad, para quitarle importancia, para poner en evidencia algunos aspectos parciales y utilizar su contenido para fines particulares. Esta deformación del cristianismo adquiere, a veces, apariencias atraentes para los fines prácticos a los cuales se presta, y pueden ejercer una cierta seducción aun sobre nosotros los creyentes.

Todos admiten que la misión de Cristo, y, por lo tanto, la de la Iglesia, está en relación con una idea de salvación, es decir, de transformación en algo mejor de las condiciones humanas.

Pero ¿qué salvación? ¿Qué transformación? ¿Y cómo se obtienen?

Nosotros decimos que la salvación lograda por Cristo es el Reino de Dios, es decir, su religión; es decir, las relaciones que El ha establecido entre el Padre celestial y la humanidad, con todas las condiciones que para esto se requieren y con todas las consecuencias que de ello se derivan.

Una misión esencialmente religiosa

La misión cristiana es esencialmente religiosa. No es directamente política, ni social, ni económica. Considera al hombre en relación con su fin supremo; define y pone en acción la orientación radical del hombre hacia Dios y hace que le corresponda una indebida pero felicísima y sobrenatural elevación del hombre al Hijo de Dios. Es, pues, que entra en la vida una palabra de verdad divina y quiere ser aceptada en virtud de la fuente de donde emana, los labios de Dios. Es una buena nueva, un evangelio que interpreta el mundo como visto por Dios e invita a la humanidad a juzgar por sí misma las cosas a esta luz bella y áspera a la vez; es un encuentro libre y maravilloso de dos voluntades demasiado desiguales en el teatro del tiempo y del mundo: la de Dios, que exige el amor, y la del hombre, que fija en la respuesta su destino eterno; es una redención obrada por Cristo, convertido en Sacerdote y Víctima de un sacrificio capaz de absorber y de anular todas las deudas insalvables de la humanidad pecadora y de regenerarla en la inocencia. Es, en fin, una comunión de vida y de poderes que pasa de Cristo a sus discípulos y crea aquí una sociedad perfecta y especial que se llama Iglesia, y prepara la simbiosis final de Cristo y de su Cuerpo Místico más allá de los confines del mundo y de la historia presente.

No es, por lo tanto, la misión cristiana el simple enunciado de algunos principios que la evolución filosófica del pensamiento humano puede hacer suyos; no es un espiritualismo vago para ofuscar la emotividad de la conciencia o para narcotizar los sufrimientos; no es un profetismo lírico o un misticismo carismático para suscitar oscuras y supersticiosas energías de las regiones interiores de la fantasía y de los instintos; no es un humanismo naturalista que tiende a beneficiar directamente el orden temporal ni mucho menos una revolución que pretende hacer justicia en los desórdenes sociales y levantar una clase contra la otra; ni tampoco una apatía resignada del mundo como es, en espera de una palin-génesis reparadora.

La misión cristiana es originísima. Es exigentísima. Pero es más fácil vivirla que definirla. La misión de la Iglesia consiste en prolongar en el mundo la vida de Cristo y en hacer participar a la humanidad de sus misterios: la Encarnación y la Redención.

Misión de la Iglesia es, por lo tanto, la que establece una comunión de vida con El, y, como resultado, una comunión de los hermanos entre sí. La misión de la Iglesia es engendrar la Iglesia, hacerla vivir, difundirla, hacerla fructificar en las obras propias de la fe, de la gracia y del evangelio. Como un árbol vivo, la Iglesia se produce a sí misma, engendra sus propias ramas, madura sus propios frutos. "Yo soy la Vid; vosotros los sarmientos", dice Jesús (Jo. 15, 5).

Consecuencias de la misión de la Iglesia

Si bien comprendemos esta naturaleza de la misión de la Iglesia, podemos deducir algunas consecuencias bastante importantes para formar nuestra mentalidad sobre el apostolado.

a) La Iglesia, fin de sí misma

La primera consecuencia es que la Iglesia tiene en sí misma el fin inmediato de su propia misión. La Iglesia es, en cierto sentido, un fin para sí misma. La Iglesia no sirve otros fines; sirve a lo que tiene inmanente en la afirmación de su vida. No existe un fin más alto que el suyo. No existe un fin más necesario. Y precisamente sobre esta concepción de la Iglesia se funda su independencia, tanto del Estado como de otras expresiones humanas o de otros intereses. La Iglesia es libre porque se basta constitucionalmente a sí misma. La Iglesia es el fin de la Iglesia; ella debe trabajar directamente para sí, no por una autosuficiencia egoísta o para poner límites a la bondad de los hombres, sino porque ella contiene una forma única de vida, superior e íntegra, de la cual las formas de vida temporal y humana pueden alimentarse, no como de un medio a su propio servicio, sino como principio de su propio provecho. "Buscad primero el Reino de Dios", enseña aún el Maestro divino (Mt. 6, 33).

Tentativa dramática de anteponer la redención social a la religiosa

Este primado del Reino de Dios en la evangelización, es decir, en la misión de la Iglesia, ha sido objeto, como todos saben, de vivas discusiones en el campo católico, que han revestido recientemente caracteres espiritualmente dramáticos. La tentativa de anteponer la obra de redención humana y social a la moral y religiosa ha tenido realizaciones tan significativas como desgraciadas, no ya por razones de método práctico, que pueden sugerir que se inicie la obra misionera y pastoral de la Iglesia con los dones de su caridad humana, sino por razones de principio que el problema llevaba consigo, es decir, la preferencia de las necesidades temporales sobre las necesidades espirituales, la de los medios humanos sobre los medios sobrenaturales, la redención económica sobre la redención religiosa, la reforma social sobre la reforma moral. Vosotros sabéis que la evangelización católica se dirige, ante todo, a dar la fe, aun cuando para hacer esto emplee los medios de la caridad; en cambio, otros piensan que es secundario predicar una fe definitiva y vinculante, y que conviene más bien difundir, en lugar de algunos preceptos morales, que no se sabe por qué se llaman absolutos, obras de filantropía y de cultura. Sabéis que incluso hubo entre nosotros quien, por desgracia, se desvió del recto camino, casi por causas de aflicción del espíritu y por exceso de celo, afirmando: "Por razón de la presente condición de la clase obrera, que hace difícil su cristianización, se propone a los cristianos una acción con dos fases sucesivas: primero, la liberación, y solamente después, la evangelización. La primera de estas dos fases es independiente de las normas cristianas... No hay sino una sola y verdadera actitud posible: callar, callar largamente, callar durante años y participar en toda la vida, en todos los combates, en toda la cultura latente de nuestra población obrera, a la cual, sin quererlo, hemos engañado a menudo. Hemos también renunciado a la intención de convertir..." (Montuclard; cf. Suenens, "La Chiesa in stato di missione", 28-29). Esta ya no es la misión de la Iglesia.

b) La misión de la Iglesia es difusa

Otra consecuencia es que, a pesar de encontrar en sí misma, como todo organismo vivo, la razón próxima de su obrar, la misión de la Iglesia es difusora. Lo es porque ella misma, como decíamos, es una difusión de la misión de Cristo. Es comunicación de gracia y de poder. Es participación en el sacerdocio de Cristo. Es el efecto de su caridad. Es el vehículo del Espíritu Santo. Es la ejecución del designio de Dios. Es el objeto de la oración de Cristo.

La verdad, la fe—que es verdad necesaria para la salvación—, crea una responsabilidad en quien la posee (cf. Mt. 11, 20 y sig.). No se puede poner la lámpara debajo del ce-

lemin (cf. Mt. 5, 15). Responsabilidad grande, responsabilidad urgente, pero no odiosa, porque nace de un designio de amor y obliga a desarrollarlo con amor. Es la caridad quien la impulsa (cf. II Cor. 5, 14). El impulso al apostolado, que en cierta medida debería ser común a todos los creyentes, como una ley propia de la fe y de la gracia, se hace más fuerte en algunas almas a las cuales se concede por una llamada interior y exterior el impulso al servicio de la verdad, al testimonio; un imperativo superior y categórico la hace irremisible: "... nosotros no podemos dejar de decir..., nosotros somos testigos de la verdad..." (Act. 4,20; 5, 32). Y hoy he aquí el fenómeno histórico y espiritual, al cual asistimos nosotros; más aún, del cual somos en cierto sentido los protagonistas: esta necesidad de testimonio reviste, sí, a cada una de las almas de los cristianos abiertos a las inspiraciones de Dios, pero además se extiende a un ejército de almas, se hace colectiva, se convierte en un fenómeno de muchas almas unidas, fenómeno de "acción católica"; es el pueblo cristiano que se pone en pie, como empujado por un carisma revivido de los primeros albores del cristianismo, y que lo hace apóstol.

El encuentro de la Iglesia con el mundo contemporáneo

Por lo tanto, la Iglesia toma contacto, dialoga con el mundo. Este, conviene observar, era el aspecto del tema que más podía interesar a este Congreso; es decir, el objeto de la misión de la Iglesia, el campo de apostolado. El cuadro se hace actual, se hace experimental, se hace nuestro. Digamos más: se hace dramático. El encuentro de la Iglesia con el mundo contemporáneo presenta, en efecto, un drama tanto más interesante y complejo cuanto más misterioso y realista. Es el verdadero drama de la historia. El cuadro se extiende: potencias celestiales y potencias infernales se encuentran en la trincheira humana en un combate trascendente (cfr. Eph. 6,12), que la Providencia conducirá después a su epílogo final. Aquí el apostolado se convierte en milicia. Aquí se vuelve arte. Aquí se reviste de métodos y teorías. Aquí se arma de medios y descende a la práctica. Aquí lo distribuye quien tiene la investidura y la responsabilidad plena a quien gradualmente la participa. Aquí se multiplica en cien formas diversas, desde las espirituales, como la oración y la reparación, a las capilares y casi imponderables de una buena palabra y del buen ejemplo. Aquí se clasifica en una escala según la diferente eficiencia: la presencia, el testimonio, la acción. Aquí estudia el ambiente en el cual la misión debe desarrollarse; por sexo, por edad, por condición social, según la capacidad de recibir o de rechazar el mensaje cristiano: hostil, refractario, difícil, dócil, abierto, etc.

Observaciones sobre este contacto:

1.ª Corresponde especialmente a los seglares

Yo me limito, por lo tanto, a aguzar, no a satisfacer, vuestro interés sobre este aspecto del tema; es decir, el contacto de la misión de la Iglesia con el mundo contemporáneo con algunas simples observaciones:

1.ª Este aspecto concierne directamente al apostolado de los laicos, si no fuera por otra cosa porque ellos viven en el mundo al cual se quiere llevar la misión de la Iglesia. Ellos tienen más experiencia que los eclesiásticos. Del contacto de la misión de la Iglesia con el mundo; ellos son los testigos más próximos, observan y viven los fenómenos. Por lo tanto, aquí comienza la colaboración de los laicos con la jerarquía, colaboración que consiste en el estudio del mundo presente y en señalar a la Iglesia los resultados de tal estudio. Colaboración informativa.

2.ª Problema permanente que exige la obediencia de los seglares

2.ª El problema de los contactos entre la misión de la Iglesia y del mundo es un problema siempre abierto, sea porque el mundo hoy especialmente está en una fase de profunda y rapidísima evolución, sea porque la aplicación y el enunciado del mensaje cristiano admite variedad de tiempos y de formas. Corresponde, sin embargo, al gobierno de la Iglesia determinar cuáles sean los tiempos maduros para tales reformas y cuáles sean las reformas que ejecutar. Este es un canon que hay que recordar a los laicos especialmente, que, impresionados por su inmediata experiencia y menos informados en los criterios generales que orientan la vida de la Iglesia, están, a menudo, impacientes por un desmedido fervor y querían, a veces, introducir novedades arbitrarias o precipitar reformas en el derecho o en las costumbres eclesiásticas sin tener a tal respecto ni la autoridad ni la visión de conjunto ni la asistencia del Espíritu Santo para tales innovaciones.

3.ª Distinción y relación de lo sagrado y lo profano

3.ª La distinción entre lo sagrado y lo profano merece un estudio particular y atento. Este problema se presta a malentendidos graves y nocivos y puede tener fácilmente so-

luciones equivocadas; los dos extremos, evidentemente. La separación absoluta de lo sagrado y lo profano hasta puede paralizar o neutralizar la misión de la Iglesia, y el laicismo moderno que se sirve de este aparente respeto hacia las cosas sagradas, para excluirlas del campo de la vida real, bien lo sabe. Como la confusión de intereses y de costumbres sagradas, con los intereses y costumbres profanas es una repugnante contradicción con el carácter trascendente de la religión y con la pureza del mensaje cristiano. Esto se sabe. Pero es cierto, por otra parte, que la misión de la Iglesia consiste en mantener lo sagrado en una determinada relación con lo profano, de modo que aquello no sea contaminado, sino comunicado, y esto no sea alterado, sino santificado: es el misterio de la Encarnación de Dios hecho hombre que continúa. Fácil de decir, difícilísimo de realizar. El Magisterio de la Iglesia, en este campo, será para nosotros utilísimo y definitivo. Los estudios a propósito del humanismo cristiano, que se van haciendo por parte de filósofos y estudiosos católicos, pueden dar buenas contribuciones tanto a nuestro pensamiento como a nuestra acción. La materia es delicada y, por su naturaleza, compleja y mudable. Debe estudiarse con prudencia y competencia.

4.ª Grados de representación

4.ª Hay todavía una cuestión que dejo igualmente sin resolver, pero que aquí conviene señalar. Es lo que podríamos llamar la gradualidad representativa. A medida que la acción apostólica, especialmente del laico, se extiende del campo interno de la Iglesia y de las finalidades religiosas al orden temporal y a la finalidad terrena, pierde la capacidad de representar a la Iglesia y de ejercitar la misión directa. La actividad del apóstol laico se hace gradualmente remota desde su centro de partida y de responsabilidad. De religiosa se convierte en acción católica; luego se puede hacer social, económica, artística, política, privada, etc. Llega un momento en que esa acción no representa ya la misión propiamente eclesiástica; se convierte entonces, hoy se dice así, en aconfesional. Esta graduación debería estudiarse y deberá determinarse por la autoridad eclesiástica. Pero no estará de más recordar que en cualquier campo, aun en el temporal, se aplican los principios religiosos y morales y que jamás un católico puede prescindir en su actividad, por profana que sea, de la Ley de Dios y que, en cambio, siempre, en toda actividad, debe conservar un espíritu católico, al menos, como para irradiar con su manera virtuosa de vivir la fe cristiana.

5.ª Hacer amar lo que la Iglesia enseña

5.ª Finalmente, el fin general primordial de la misión de la Iglesia es el de hacer amar lo que ella anuncia, pide y difunde. Una nota sostenida de optimismo y simpatía domina la voz apostólica. El mensaje se llama "Evangelió", es decir, buena nueva. Un canto de alegría angélica la inaugura en la noche de Navidad: "Os anuncio una novedad de gran alegría para todo el mundo: hoy os ha nacido un Salvador" (Luc. 2,11). El mensaje cristiano no es una profecía de condena; llama a penitencia para llamar a salvación. No es duro, no es chocante, no es descortés, no es irónico, no es pesimista. Es generoso. Es fuerte y alegre. Está lleno de belleza y de poesía. Está lleno de vigor y de majestad. Si, levanta la cruz, el dolor, el sacrificio, la muerte, pero para traer el consuelo, la redención, la vida.

Por lo tanto, el primer programa del apóstol, de vosotros los laicos, especialmente, debe ser el de presentar al mundo un cristianismo admirable, atrayente, simpático.

Primer testimonio, el del amor recíproco

El primer testimonio será el de nuestra unión, de nuestro amor mutuo, de nuestra cohesión interior, de nuestra cordialidad social: "Amaos los unos a los otros", nos enseñó el testamento del Maestro; "como Yo os he amado, así amaos entre vosotros. Por esto todos conocerán que sois mis discípulos si os amais los unos a los otros" (Jo. 13, 34,35). La primera apología es la registrada por Tertuliano acerca de la comunidad cristiana naciente: "Ved, dice la gente, cómo se quieren" (Ap. 39).

Amor al mundo que hemos de evangelizar

Y la segunda será el que nosotros amemos a los que queremos evangelizar. Esta es la gran política del apostolado. No es un interés propio que lo mueve, es del otro. No es una conquista la suya, es un servicio. No es una condena su irreducible intransigencia con el error, es redención.

Aquí surge otro gran problema práctico. El amor apostólico lleva a un acercamiento con el mundo que se ha de convertir, que puede estar lleno de peligros. San Pablo autoriza a hacerse judío con los judíos y débil con los débiles: "Me hago todo a todos, para que todos se salven por mí" (I Cor. 9, 20 ss.). ¿Hasta dónde llega este relativismo apostólico? ¿Hasta dónde esta intransigencia? ¿Hasta dónde la tolerancia está permitida a los católicos? Lo

LA VOCACION APOSTOLICA DE LOS LAICOS

No todos los cristianos están llamados a ciertas tareas apostólicas, pero hay una función auténticamente religiosa: la misión del padre de familia

SANAR LAS INSTITUCIONES "MUNDANAS", TAREA PRIMORDIAL DE LOS SEGLARES

NECESARIA PRESENCIA DE LOS SEGLARES CATOLICOS EN LA POLITICA

Lección de monseñor Gerardo Philips, profesor de la Universidad de Lovaina

Esta Asamblea mira al mundo a la cara, no para dominarlo, sino para salvarlo. Para salvarlo hay que conocerlo, y para conocerlo hay que amarlo. Amar es dar. Y por ello la Iglesia examina la naturaleza y la medida de su donación.

A lo largo de estas sesiones se hace oír una llamada particularmente insistente. Todo el pueblo de Dios en marcha, todos los miembros del Cuerpo Místico, hasta los más humildes, descubren en sí mismos una nueva conciencia de su vocación apostólica. Por lo que se refiere al mundo moderno, que se encuentra en un punto crucial de su historia, ante unos obstáculos aparentemente insuperables, se vislumbran posibilidades insospechadas para la misión del cristianismo. No hay que darle vueltas: todo el mundo se fija en nosotros; Dios mismo nos mira, nos pide que actuemos con él y espera nuestra respuesta.

La vocación y el apostolado de los laicos

Los términos **apostolado** y **vocación**, debido a un largo uso y bajo la influencia de tendencias seculares, corren el riesgo de dejar borrar su sello religioso original. Urge volverlos a embeber en su atmósfera, mejor dicho, en su esencia sagrada. En el fondo la llamada no proviene del mundo en agonía, sino del Hijo de Dios encarnado, que vino para liberarlo. El apostolado que pone en nuestras manos es la continuación de su obra redentora.

Las palabras **apóstol** y **laico** tendrán un aspecto menos extraño la una para con la otra si se piensa que **laico**, al igual que **apóstol**, es un término de la Iglesia y un título sagrado. Los laicistas repudiarían su nombre con horror si se enteraran de su origen bíblico. **Laico**, efectivamente, quiere decir miembro del Laos, pueblo llamado por Dios, pueblo

dirá quien guía la Iglesia. La cuestión es extremadamente delicada (cfr. Vermeesch, "La tolerancia"). Nosotros vigilarémos para que nuestra actitud amorosa y respetuosa hacia los no católicos no degeneren en indiferencia, en eclecticismo, en simpatía, en defección. También esto sucede a quien estudia el pensamiento de otros, a quien frecuenta una sociedad pagana, a quien se reviste de las costumbres del mundo para acercarlos, a quien impulsa la tolerancia para con los disidentes hasta justificar su posición, a quien mantiene un diálogo con los alejados y ofende a los vecinos, a quien cambia el hábito de sacerdote con la ropa del obrero, a quien habla de apertura para escaparse de casa, no para buscar a los alejados. Vigilarémos, digo... Pero no olvidaremos que la posición fundamental de los católicos que quieren convertir al mundo es la de amarlo. Esto es lo genial del apostolado: saber amar.

Un propósito de amor

Querría que de este precepto cristiano hiciéramos un propósito y un programa aquí en Roma, centro del apostolado católico. Amaremos al prójimo y amaremos a los alejados. Amaremos a nuestra patria y amaremos a la de los otros. Amaremos a nuestros amigos y amaremos a nuestros enemigos. Amaremos a los católicos, amaremos a los cismáticos, a los protestantes, a los anglicanos, a los indiferentes, a los musulmanes, a los paganos, a los ateos. Amaremos a todas las clases sociales, pero especialmente a las más necesitadas de ayuda, de asistencia, de elevación. Amaremos a los niños y a los viejos, a los pobres y enfermos. Amaremos a quien se burla de nosotros, a quien nos desprecia, a quien nos hostiga, a quien nos persigue. Amaremos a quien merece y amaremos a quien no merece ser amado. Amaremos a nuestros adversarios; como hombres no queremos ningún enemigo.

Amaremos nuestro tiempo, nuestra civilización, nuestra técnica, nuestro arte, nuestro deporte, nuestro mundo. Amaremos, tratando de comprendernos, de compadecernos, de estimar, de servir, de sufrir. Amaremos con el corazón de Cristo: "Venid a Mí vosotros..." (Mt. 11,28). Amaremos con la amplitud de Dios: "Así Dios ha amado al mundo..." (Jo. 3,16).

elegido y santificado, opuesto a las naciones paganas. El laico, sólo por su nombre, es verdaderamente portador de su vocación.

Hoy estamos nuevamente en los primeros días de la Iglesia. Hemos aquí de nuevo en la primera generación y comunidad apostólica. Pedimos que se nos indique nuestra tarea, tarea que sobrepasa a los clérigos y los religiosos para englobar a los laicos. Estos no permanecen en el umbral de los gentiles; ya no son extranjeros, sino cristianos de pleno derecho y colaboradores.

I

Raíz sagrada del apostolado seglar

A) Ellos también tienen una **misión en lo sagrado**. Entran firmemente en el santuario y la liturgia los llama las circunstancias del gran sacrificio, participantes atentos. Si hoy los laicos despiertan al apostolado, es porque un Papa santo les ha acercado al altar. El culto no es, en efecto, una actividad de la vida cristiana, es su manantial y su alimento.

"La liturgia sagrada—dice el Papa Pío XII—constituye el culto público integral del Cuerpo Místico de Cristo, del Jefe y de sus miembros."

El culmen es el santo sacrificio de la misa, acción de Cristo antes de ser la de la Iglesia. Los fieles participan en ella, pero sin poderes sacerdotales. Sólo el sacerdote, actuando en nombre y en la persona del Señor, realiza los grandes misterios. Sin embargo, los fieles ofrecen también, "ya que, dijo el Papa Inocencio III, lo que se cumple de manera especial por el ministerio de los sacerdotes se hace de manera universal por el deseo de los fieles".

En la **vida sacramental** los laicos aseguran a veces unos oficios de suplemento. En casos de urgencia el simple fiel dará el bautismo, mientras que la admisión en la comunidad corresponde de derecho al Obispo. En los campos de concentración, como en la época de las persecuciones romanas, unos laicos han distribuido, nuevos Tarsicios, la Santa Comunión. Estos acontecimientos, sin embargo, son excepcionales. La regla es la siguiente: sin ser ministros del culto, cada vez que "reciben" un sacramento los miembros deben "actuar y empeñarse personalmente en la comunidad de la Iglesia". Sus acciones de penitente constituyen una parte integrante del sacramento que los reconcilia con la Iglesia, y por ella con Dios. En el matrimonio los esposos cristianos no son solamente los beneficiarios de la gracia, sino que llegan a ser el uno para con el otro, para la Iglesia, los autores y los instrumentos. ¿No hay en todo esto un oficio de santificación recíproca y por ello de apostolado? Si la gracia sacramental resuena en todo el Cuerpo de la Iglesia, la recepción de los ritos no podría ser una acción privada, como lo sería una misa celebrada por un sacerdote aislado y escondido. Su acto es público. ¿Qué decir, entonces, de los que llevan a sus hermanos a la mesa de la Comunión pascual?

No creemos que el apostolado empieza en el momento preciso en que salimos de la Iglesia. Toma raíz en el santuario. La comunidad se forja en el hogar del culto.

Sentido misionero del apostolado seglar

B) Esta comunidad está siempre en **crecimiento intenso y extensivo**. Es esencialmente apostólica, y, lo que resulta lo mismo, es misionera.

La palabra **misión** es susceptible de un triple significado. Saludamos con emoción a los heraldos del evangelio, que llevan lejos el mensaje y que implantan la Iglesia en tierras apenas removidas. Es la misión en el sentido **canónico**, territorio dependiente de la Congregación de Propaganda Fide, donde la jerarquía regular no está completa. Cuando el padre Godin lanzó su opúsculo "Francia, ¿país de misión?", no tenía a la vista esta aplicación jurídica: hay Obispos en Francia desde hace mucho tiempo. El consideraba la situación **sociológica** de los que, viviendo en plena cristiandad, no habían sido tocados por la Palabra.

En la base de estas dos acepciones del término **misión** hay

una tercera, la fundamental, que es teológica. La Iglesia, en su conjunto, ha sido enviada hasta las fronteras del mundo y hasta el fin de los tiempos. Su testimonio, su predicación, su obra de santificación, son ilimitadas e implican el empleo de todos sus recursos y la participación de todos sus miembros.

Los laicos no pueden descargar su tarea misionera sobre la espalda de algunos voluntarios, aunque colmados con nuestras limosnas sean honrados al mencionarlos emocionadamente en nuestras oraciones. El mundo pagano mira a todos los cristianos para pedirles un testimonio auténtico de la eficacia del cristianismo. La languidez desconcertante de un mundo que lleva una etiqueta cristiana podría hacer estéril el trabajo de los pioneros. En una comunidad articulada se impone el trabajo en escuadras. El clero, los religiosos y los laicos tendrán que concertarse para intensificar el esfuerzo.

Los miembros de una sociedad que hace profesión de universalismo en su caridad tienen que probar un afecto verdadero y desinteresado por los cristianos separados.

Todos los laicos no están llamados a participar de la misma manera en este trabajo de difusión y de unificación. Algunos, sin sacrificar nada de su condición laical, le consagran toda su existencia y todos sus recursos. Su sacrificio total tiene un valor de atracción del que todos tienen que beneficiarse y que todos deben compartir.

El apostolado de la instrucción religiosa

C) Diréis que tal vocación será la excepción; hay que reconocer, por lo menos, que la **instrucción religiosa**, en todos los grados, desde el jardín de infancia hasta los estudios superiores, cuenta entre sus maestros con un número impresionante de laicos. Si la formación del niño es un arte delicado entre todos, podríamos también citar, ateniéndonos al contexto, a los artistas cristianos, maestros de artes sagradas, literatos, pintores, decoradores de Iglesias, educadores del sentido religioso por el lenguaje cautivador de la belleza.

En el nivel universitario harán falta otros portadores de la palabra. Ningún teólogo aislado podría hoy iniciarse a fondo en todas las disciplinas que estudian con profundidad el comportamiento humano.

Y aún menos nuestros profesores de moral podrán asimilar, sin el apoyo de maestros calificados en la materia, la terrible complejidad de las ciencias médicas, jurídicas, sociales, económicas, cuyo progreso nos desconcierta. El intelectual laico no está simplemente autorizado a hablar: tiene el deber imperioso de hacerlo.

Tarea religiosa de los padres de familia

Todo el mundo no está llamado a desempeñar una tarea semejante. Pero existe otra función auténticamente religiosa, confiada a la gran masa de creyentes. En países de antigua tradición cristiana, ¿dónde habéis aprendido los primeros rudimentos de la fe y bosquejado los gestos todavía inciertos y los balbuceos de la oración? ¿Dónde habéis probado las primeras emociones del sentido de Dios? No es en la iglesia ni en la escuela; es en el seno de la familia.

San Agustín reconoce una misión episcopal al padre de familia, porque es autor y maestro de sabiduría y vida.

Sin duda, la desagregación de la familia moderna es con frecuencia desoladora. A veces, en lugar de ser educadores, los mismos padres se hacen pervertidores. En otros lugares, en ciertos núcleos cristianos nacientes, la familia, célula de la sociedad y de la Iglesia, está todavía en sus comienzos y su misión no está reemplazada por las comunidades más extensas. La personalidad deberá brotar en ella, por decirlo así, completamente sola. Aunque se instituya en esos países de misión un clero y hasta un episcopado autóctono, no habrá una Iglesia normalmente formada hasta que los padres no transmitan su vibrante fe y vida cristiana a la generación de mañana.

Sacerdotes, religiosos y religiosas, tentados a veces de no prestar consideración al estado laico, no deben olvidar que son hijos de laicos.

El clero y el laicado se compensa. En demasiadas regiones el número de candidatos para el seminario o el noviciado es desgraciadamente insuficiente. Pocas o ninguna vocación sacerdotal, porque hay pocas familias hondamente cristianas. Y demasiados pocos laicos fervientes porque hay pocos sacerdotes para sostenerlos. Es imposible romper este ciclo fatal si los laicos no se unen a los sacerdotes para asegurar la salvación común.

II

Intima relación de lo profano y lo sobrenatural

Los valores temporales son reales; hay que respetarlos si se quiere respetar a su Creador. Las realidades terrestres tienen una consistencia propia, autónoma en su orden, aunque no sean ni definitivas ni supremas. No se eleva lo sobrenatural destruyendo su trampolín natural. Sólo un pesi-

mismo exagerado declara la naturaleza intimamente corrompida. Trabajando en la cantera profana es como el cristiano cumplirá la voluntad del Padre. El clero, designado para el oficio y separado de lo efímero, no piensa conquistar una provincia que el Maestro ha confiado al laicado. A éste compete, en el caso citado, el papel preponderante y finalmente exclusivo. Este se empeña con una responsabilidad personal y viril. Aun cuando sobrevenga algún caso difícil, evita confiar sus decisiones a la jerarquía, conservando intacta sin embargo, su obediencia religiosa.

Nos preguntamos, en consecuencia, si es posible ejercer todavía en la ciudad terrestre un apostolado de origen y de sello eclesial. Sería inimaginable si entre lo sagrado y lo profano se erigiera una muralla infranqueable. Pero distinción no quiere decir separación. Conexiones internas unen los dos dominios.

Veamos, por ejemplo, la dignidad inalienable del trabajo, la libertad fundamental del ciudadano, la integridad de las costumbres, el bienestar normal que la sociedad debe garantizar y, por encima de todo, el carácter intangible de la personalidad; todos estos valores no son indiferentes a los ojos de la fe, que se impone como regla de vida. En sí mismos forman parte en el grado más alto de nuestras relaciones con Dios; orientan o desorientan nuestro camino y el de nuestros hermanos hacia el último destino. Desproverles de estos límites significa desconocer su esencia profunda. No se rompe impunemente el hilo que viene del alto, que los une y los trae a su origen.

Estas leyes fundamentales que gobiernan la sociedad, queramos o no, llevan consigo repercusiones en el interior de las conciencias. No podemos sustraerlas a las leyes divinas con el pretexto que no se refieren al culto y no son de competencia del clero. Si constituyen el dominio propio de los laicos, sería falso pretender hacerlas laicas. Sin jugar con las palabras, se puede oponer un laicado sano y leal a un laicismo desecristianizador y, finalmente, deshumanizador. La autonomía de lo temporal queda intacta, pero no puede degenerar en amorosidad ni en impiedad.

Henos, pues, en presencia de actividades, profanas, sin duda, pero mediatamente o indirectamente religiosas, dominio específico de un laicado que vive en el mundo. Aquí, sobre todo, su misión es indispensable e insustituible.

Hay que llevar al mundo el mensaje cristiano

A) Hay que abrir el mensaje cristiano a ese mundo cerrado en todos sus rincones. Hay que abrir en esta fortaleza orgullosa una brecha que permita la entrada al aire vivificador y a la luz. ¿Es imposible? Sí, en el caso de que la suficiencia del mundo fuera real. En el fondo es ilusoria, y él mismo lo sabe. Nunca ha estado tan lleno de bienes como hoy y nunca se ha sentido tan insatisfecho. Nunca ha dominado y explotado las energías de la naturaleza como en nuestra época, y mientras tanto, su angustia se ha hecho existencial y llega a dimensiones cósmicas. Su insolencia presuntuosa le sirve para esconder una pobreza inconfesada. Sus fanfarronadas no llegan a sofocar el clamor del fondo. Las cuestiones fundamentales resurgen cada vez que se las ha declarado inexistentes. Hay que llevar a la superficie estas peticiones inconscientes o subconscientes y hacer explícitos, para hacerlo admitir, el sentido verdadero. Es inútil presentar una respuesta el que no haya percibido el sentido de la pregunta. ¿Quién hablará al mundo moderno con el lenguaje inteligente y liberador sino el propio laico, que divide sus preocupaciones y sus esperanzas, renacientes a pesar de todo?

En el campo social, económico, político, internacional, el laico cristiano tiene algo que decir. No puede conservar celosamente para sí mismo los datos y las instrucciones que permiten elaborar soluciones, al menos parciales y progresivas. Tiene que proclamarlos y aceptar resultadamente para sí mismo la aplicación total. De otra manera su entrega sería simulación.

Sanar las situaciones "mundanas", tarea primordial de los laicos

B) Cuidado con el farisismo, que se aparta de todo contagio en vez de llevar auxilio a los enfermos. Sanar las situaciones "mundanas" es una de las primeras tareas de los laicos conscientes de su responsabilidad.

Para millones de hombres, las condiciones de vida que se les imponen son una invitación constante al relajamiento moral y al vicio. La promiscuidad de muchas fábricas, el amontonarse las poblaciones en ciertas ciudades, produce en los débiles una influencia degradante y deletérea. Con la máxima urgencia hay que hacerles salir de ese marasmo infrahumano.

Si el mundo moderno ha perdido el sentido del pecado, ha

perdido todavía más el sentido de su destino final. No ve salida a su existencia y está a punto de resignarse. El pensamiento filosófico de moda se empeña en convergerle de que toda esperanza es ya absurda. El hombre es un mito inútil. Así toda perspectiva está obstruida, y henos condenados al trabajo forzado a perpetuidad en una prisión sin luz. Somos prisioneros y ya no peregrinos; cautivos de Egipto, pero sin éxodo, sin esperanza y sin Dios en este mundo (Eph. 2,12). No queda entonces que hacer más que olvidar la esclavitud por el frenesí de una pasión que se ha vuelto provocadora.

En realidad, la tierra es habitable sólo por los que la consideran un lugar de trabajo abierto al cielo. Dada la amplitud y la confusión de las estructuras sociales, los hombres de buena voluntad deberán ponerse de acuerdo y constituirse en grupos capaces de regular o influir las instituciones nacionales y supernacionales.

Tales son las piezas de legitimidad de una acción social de marca o de espíritu católico. Sus servicios multiformes y adaptados, obrando en el ámbito de valores eminentemente humanos, testimoniarán, gracias a sus dirigentes laicos, la eficacia incontestable del cristianismo.

Necesaria presencia de los seglares en la política

C) Testimoniarán incluso, directa o indirectamente, a favor de la Iglesia, inspiradora de este apostolado auténtico.

Pero hace falta que esta Iglesia-comunidad no se vea impedido el espacio vital indispensable. Si la cerramos en el santuario o en la sacristía, no podrá ejercer su misión, y sería una broma de mal gusto acusarla luego de esterilidad. Los señores de la ciudad terrestre deben concederle un estatuto equitativo que pueda garantizar el desarrollo de sus virtudes benéficas y la irradiación de sus obras de educación, asistencia social y caridad. Cuando unas leyes inicuas cierran las escuelas cristianas, las protestas solemnes de los Obispos no las harán volver a abrir si los ciudadanos católicos descuidan su deber en la vida pública.

Sólo los laicos podrán vigilar en este sector la defensa de la religión. Pero su misión no se para aquí. Su vocación apostólica les manda asegurar a la Iglesia un puesto en el mundo que no sea sólo una efímera figura estilística. No lo lograrán nunca si, teniendo los brazos cruzados, dejan que el mundo se construya y se organice.

En el curso de nuestra exposición nos hemos encontrado varias veces en contacto con la vida pública de la nación, o más simplemente, con la política. El argumento es delicado.

El terreno político se define como una arena. Allí reina una atmósfera de lucha áspera y apasionada, y la primera reacción del creyente es frecuentemente la de apartarse de ella. Aversión instintiva, comprensible, sin duda, aunque sin fundamento y casi siempre nefasta. Los hombres de Estado católicos se sienten abandonados con demasiada frecuencia por sus hermanos de religión y desesperadamente solos. Si la política es el conjunto de actividades que dirigen la organización de la sociedad temporal para el bien de todos, se comprende la declaración del Papa Pío XI: "Ningún campo de acción es tan importante salvo el de la religión misma" (discurso del 18 de diciembre de 1927). No es exagerado hablar de justicia política, de caridad política, ni siquiera, a condición de respetar las necesarias distinciones, de un verdadero apostolado político.

En otros tiempos bastaba que el príncipe se encargara del bien común de sus súbditos. Hoy la responsabilidad de los asuntos públicos incumbe por una parte real a todo ciudadano. Los pecados de omisión podrían acabar con hacernos morir. No basta elevar la voz para señalar el egoísmo y la ambición sórdida que con demasiada frecuencia minan nuestras instituciones; urge sanarlos y enderezarlos.

La técnica de la administración de los negocios públicos no desciende del cielo como una revelación. Hay que aprenderla con una perspicacia refinada por la observación escrupulosa de los hechos. Universalizar, aunque en nombre de la Iglesia, una solución empírica, con menosprecio de la diversidad regional o de las diferencias históricas, nos cubriría simplemente de ridículo. Nuestras convicciones religiosas son intangibles, pero los principios católicos no son monedas que basta introducir en un distribuidor automático para que de ello salga una solución política.

Estas directivas son imperiosas en todos los casos, aunque el Estado respete íntegramente los derechos de la Iglesia. Desgraciadamente esta perspectiva paradisíaca no se realiza casi nunca. Los deberes de los católicos serán, por ello, tanto más urgentes cuanto que habrá, frecuentemente, que conjurar la amenaza contra la libertad de las conciencias o la dignidad imprescriptible de la persona humana.

El laicado será, si hace falta, el baluarte de la Iglesia. En cualquier caso se pondrá decididamente al servicio de su país y de la comunidad humana. El fundamento de este deber es sagrado.

III

La acción apostólica en la técnica pura

El objeto profano examinado hasta ahora manifestaba ciertos aspectos religiosos. Era claro para el espíritu. Pero he aquí lo meramente temporal, opaco y pesado. ¿No es refractario a cualquier ensayo de transfiguración? Nos indican las formas más degradadas y menos humanizadas del trabajo, por ejemplo, los gestos automáticos de la producción en cadena. Se nos muestran incluso el esfuerzo intelectual del profesor universitario, matemático, físico o ingeniero. Siendo católico, sus métodos de investigación no difieren en nada de los de su colega ateo. Sus normas de investigación son idénticas para los dos, al igual que sus cifras y sus ecuaciones. Aquí, se nos dice, toda pretensión apostólica que no quiera hundirse en el ridículo debe abdicar.

No habría nada que replicar si el trabajador manual e intelectual fuera un "robot" y no un hombre al que Dios ha dado un nombre personal y una vocación. Para quien mire de cerca es falso pretender que, incluso en la pura técnica, el gesto del ateo coincide en todas sus facetas con el del creyente. Existen el alma y la manera, la del forzado y la del sacrificio. La materia es pesada para los dos, pero aplasta al primero y al segundo lo eleva en oblación.

El obrero de la mina no tiene que dejar la galería ni el sábio su laboratorio para encontrar posibilidades de apostolado. No desdenará, si puede, enrolarse en la Acción Católica o Social ni de militar, en sus horas de libertad, en la Legión de María. Sobrecargado de trabajo, podrá descubrir en el seno mismo de su profesión una espiritualidad auténtica, y, por lo tanto, un ancho espacio de radiación cristiana. Para él ésta será la única manera de tratar el apostolado, no como un entretenimiento excepcional, mero paréntesis en su existencia profana, sino de enterrarlo en su condición concreta cotidiana. Esta afirmación no es el espejismo de un hermoso sueño. Cuanto más se reflexiona sobre ello, mejor nos damos cuenta de la solidez y de la densidad de su contenido.

El creyente, por otro lado, a través de una obra humana que él quiere que sea leal e íntegra, vislumbra un último fin más elevado, que, sin destruir la consistencia terrestre, le asegura un resultado ultraterrestre. El no creyente no eleva tan alto ni sus ojos ni sus esperanzas. Sus horizontes son limitados. Para él la dicha eterna en Dios es un mito que declara estéril. Para nosotros, la gloria del Señor se revela como un estímulo de un sacrificio total e incondicional.

Por lo tanto, nuestros pobres trabajos humanos adquieren una eficacia meritoria y verdaderamente apostólica; entran en la órbita de nuestra vocación y de nuestra misión. Gracias a la comunión de los santos, su influencia redentora repercute, a través de las junturas y de los ligamentos, en todos los miembros del Cuerpo Místico.

Una acción apostólica de medios modernos

En una época en que la organización y la técnica reinan como soberanas, sería una locura impedir al apostolado el empleo de grandes factores de divulgación y el inmenso esfuerzo de la acción corporativa. ¿Por qué, en religión, tratar al hombre aisladamente, dado que en otras partes no puede desarrollarse más que en sociedad? Nuestras obras católicas, inteligentemente equipadas, debidamente entrenadas y formadas, serán siempre medios precarios ante el fin que se debe alcanzar a la resistencia que vencer.

Al lado de la Acción Católica, marcada con el sello oficial, gozan de la aprobación y del incentivo de las autoridades eclesiásticas grupos de apostolado directo o indirecto. La Iglesia considera, en particular, los servicios caritativos, infinitamente diversificados, como una parte inherente de su tarea y como riqueza de sus veinte siglos de historia. La misericordia espiritual y corporal es asombrosamente paralela a la misión de enseñanza: constituye una doctrina en acción.

Finalmente existen las asociaciones de católicos para la cultura, las ciencias, las artes y aun las diversiones. ¿Qué preferir? Esta cuestión crea un falso problema. Ninguna opción se impone a la caridad, que, como la pequeña Teresa, elige todos. En la casa del Padre las habitaciones son numerosas, y la gracia, como la sabiduría de Dios, es multiforme. En consecuencia, las rivalidades, las discusiones sobre las preeminencias y los méritos respectivos no tienen base. Todos los apóstoles son enviados por el mismo Señor.

Todos están bajo la protección de la misma Madre, que la Iglesia llama la **Reina de los Apóstoles**. Ella no ha gozado de ningún poder jerárquico; se contenta con la eminencia de su maternidad divina y universal. Patrona del laicado es, al mismo tiempo, la **Reina del clero**, abrazando a todos los discípulos de su Hijo con el mismo amor. Clérigos, religiosos o simples fieles, encuentran en Ella el prototipo acabado de todo apostolado. Como Ella, ellos responderán a su vocación con una entrega personal y con un total abandono, un ¡sí! humilde, entusiasta y maravillosamente redentor.

LOS APOSTOLES SEGLARES HAN DE SER IDONEOS

NO BASTAN LA BUENA VOLUNTAD Y EL CELO; SE NECESITA UNA PREPARACION ADECUADA

CON SOLO LA TECNICA NO SE HACE NADA: SIN DIOS EL APOSTOLADO ES UN ARTIFICIO

EN LA PROFESION Y EN LA SOCIEDAD CIVIL TENEMOS NUESTROS PUESTOS IRREEMPLAZABLES. SI LOS ABANDONASEMOS SERIAMOS CULPABLES DE QUE LA PROFESION Y EL ESTADO NO SEAN CRISTIANOS

LECCION DE DON ALFREDO LOPEZ MARTINEZ, PRESIDENTE DE LA JUNTA TECNICA DE LA ACCION CATOLICA ESPAÑOLA

Para dirigirnos a Dios, la palabra adecuada, según la expresa y conmovedora enseñanza del mismo Dios, es la de "padre".

Dios ha querido que la vida divina, que nos hace hijos suyos, se transmita, por medio de Jesucristo, a los hombres en cuanto éstos se integran por la fe, que obra por la caridad, dentro del Cuerpo místico de su Hijo, que es la Iglesia (o reunión de los llamados) santa, católica, apostólica y romana.

"Padre" ha de ser la primera palabra de mi oración a Dios, porque soy su hijo, comenta mi alma estremecida de gozo; pero "nuestro" ha de ser la palabra que pronuncien inmediatamente mis labios, porque Dios tiene prisa de recordarme que también es Padre de los demás hombres y que mi oración no le sería grata si olvidara a mis hermanos.

Puesto que soy hijo de Dios, tengo que interesarme por las cosas de mi Padre.

Si mi Padre desea, con ardiente desecho, la salvación de todos los hombres, y esta obra suya de salvar a todo el género humano la está realizando "hic et nunc", mientras yo vivo en este mundo, no me es lícito desentenderme de tal empresa.

Si es la Iglesia la que, según los planes divinos, ha de continuar a través de los tiempos la obra redentora y salvadora del Hijo de Dios hecho hombre, yo, que soy miembro vivo de esta Iglesia, tendré que cumplir la función con la que me corresponda contribuir a la vida pujante y perfecta del todo.

¿Cuál debe ser y cómo deberá cumplirse por los laicos la obra de amor para con Dios y para con los hombres? ¿Cómo hemos de dar nuestra vida por los hermanos?

Apostolado de la oración

En primer término, orando. Orando en plural, como se rezan, salvo el "Yo pecador" y el "Credo" y algunas otras, las oraciones de la misa.

Apostolado del sacrificio

Con la oración, el sacrificio. Unidos al sacerdote, ofrezcamos a Dios no sólo por nuestra salvación, sino también por la de todos nuestros hermanos, el sacrificio del Cordero que quita los pecados del mundo.

La comunión del Cuerpo de Jesucristo completa nuestra participación en el santo sacrificio. Al comulgar en la misa, al ponernos en pie y avanzar hacia el altar, al encuentro de Jesús, tengamos conciencia de lo que hacemos. Nos espera una víctima, nos aguarda un crucificado. Si no nos clavamos en nuestra cruz seremos una caricatura de cristianos, y nuestras obras apostólicas, pura apariencia cuando más, como el artificio de las flores de trapo.

Apostolado de la familia, del oficio, de la profesión

Cada hombre, según sus aptitudes, y, por lo tanto, según su vocación, habrá de contribuir con una determinada tarea, con un específico servicio a la común empresa de dominar la tierra, arrancando y alumbrando sus riquezas, y de organizar la sociedad de modo que las riquezas de la creación se distribuyan justa y equitativamente; que todos los hombres vivan bien, sin lujo y sin miseria; que sean felices cuanto en la situación transitoria en que aquí abajo nos encontramos cabe serlo; que disfruten, en fin; que les facilite un vivir virtuoso, y, por lo tanto, los caminos que conducen a Dios.

La profesión y el oficio son una obra de amor, nuestra obra de amor; una manera de dar la vida por nuestros hermanos.

El padre de familia no podía faltar en nuestra contemplación de los seglares en la Iglesia. Hay un mandato de Dios: creced y multiplicaos y llenad la tierra; y unos hombres que le dan cumplimiento: los padres de familia. He aquí la primera razón de la dignidad de los laicos que se unen en

matrimonio: obedientes a un claro y terminante mandato de Dios.

Acaso ningún oficio pide como el de gobernante, so pena de ser adulterado, abnegación, olvido, por los comunes provechos, de los intereses particulares, amor al pueblo sin aceptación de personas, como Cristo nos amó, hasta dar la vida por los gobernados, en una entrega de trabajo arduo, tenso y vigilante. Pide la vocación política esfuerzo agotador, vigilia constante, fortaleza heroica para luchar contra la injusticia, esperanza fervorosa en la herencia del cielo para no abandonar la lucha por el tedio ni por la amargura. Se desenvuelve, en unos casos, mediante el desempeño de cargos públicos; en otros, ejercitando la crítica constructiva de quienes los ejercen, siempre con la intención recta de que el bien común sea servido; pónense a prueba en su ejercicio virtudes naturales y sobrenaturales, y es necesario que sea cristiana para que Cristo reine en la sociedad.

Libre Dios a los cristianos a quienes llama a servirle organizando cristianamente la ciudad temporal de caer en la tentación que yo llamaría de asco. Por mucha repugnancia que les cause la convivencia y la lucha con los malhechores de la política, no abandonen sus puestos, que son puestos de honor y de máxima responsabilidad, dejando libre el campo a los logreros, a los espiritualmente mediocres, a los que no tengan alma apostólica. Sería grave mal. "El preocuparse de la vida política y aun el participar en ella es deber de caridad social."

El apostolado en su estricto sentido

El seglar tiene un papel activo dentro de la Iglesia. Siendo ésta, por esencia y por definición, una sociedad de desiguales, el puesto de los laicos es el de los súbditos; pero estos súbditos, si no tienen los poderes del sacerdocio jerárquico, participan, según su condición, del sacerdocio del mismo Cristo; si no tienen la potestad de enseñar, que compete, por derecho divino, a los maestros que el Espíritu Santo ha constituido Obispos para gobernar la Iglesia de Dios, pueden comunicar a otros la verdad recibida de los maestros y hacerse como un eco de su voz, y son llamados reiterada y apremiantemente "por una gracia enteramente singular de Dios para una empresa que no dista mucho del oficio sacerdotal" para un trabajo apostólico que, "realizado según el espíritu de la Iglesia, consagra al seglar", en un cierto sentido, "como ministro de Cristo".

El llamamiento dirigido a los seglares para tan alta y bella colaboración es reiterado, en ocasiones vehemente, algunas veces patético. Impetuoso, como clarín de guerra, para las almas ardientes; convincente para las inteligencias; conmovedor para los corazones delicados; llamativo para los distraídos y los superficiales; atormentador, con la angustia de los remordimientos, para quienes lo desoyeron y para quienes lo hemos seguido con negligencia.

Los teólogos ante el llamamiento a los seglares

Buscan con loable empeño los teólogos las raíces profundas y los elementos esenciales de esta colaboración de los laicos al apostolado jerárquico, planteándose, entre otras cuestiones, la de si pueden los laicos, teológicamente sobre todo, participar en los poderes jerárquicos y en qué medida. Unos nos dicen que la definición de la Acción Católica debiera alegrarnos a los fieles lo mismo que una definición dogmática. Otros temen que los seglares perdamos la cabeza aquejados del vértigo de las alturas y que, desconcertados por el mareo, pensemos que somos más de lo que somos y nos lancemos impertinentemente a hacer lo que no sea de nuestra competencia.

Los seglares ante el llamamiento

Ante tal estado de la cuestión, ¿cuál debe ser la posición del seglar que tiene perfecta conciencia de que es, porque

el Papa lo quiere, colaborador del apostolado jerárquico? Voy a intentar exponer lo que no la ciencia, sino la experiencia de más de veinte años de servicios a la Jerarquía, me ha enseñado a través de muy pocos méritos personales y de muchas debilidades e imperfecciones.

Lo primero que habrá que subrayar acaso sea un grito grande y una humilde confusión.

No se nos ocurrió nunca pensar que éramos autoridad en la Iglesia. De lo que sí nos sentimos investidos fué de una dignidad que estimamos mucho: la de elegidos para ayudar al Papa y a los Obispos con un ministerio no muy distante del sacerdotal.

Nos dimos cuenta de que teníamos que ser mejores de lo que éramos, mucho mejores, si queríamos dar frutos de apostolado, y nuestros ojos se fijaron con amor y con súplica en los sacerdotes que la Jerarquía ponía a nuestro lado, de quienes esperamos impulso que nos levantara hacia Dios. Y este afán ascensional cuajó en cosecha abundante de vocaciones para los dos cleros, secular y regular.

La autoridad de los apóstoles seculares

Creemos firmemente que cuando realizamos nuestro trabajo apostólico somos mandatarios de la Jerarquía y que, por lo tanto, debemos ser escuchados, ayudados y mirados con afecto, no por nosotros mismos, sino por quienes nos envían. En cuanto a obedecidos, no, porque no se nos encarga mandar con autoridad, sino servir con amor.

De autoridad dentro de la Acción Católica sí que deben gozar, a nuestro modesto entender, los seculares designados para gobernarla, porque "en un mundo en que los adversarios de la Iglesia se lanzan a fondo contra ésta con la masa compacta de sus organizaciones", la Acción Católica ha de estar, si quiere ser eficaz, fuertemente organizada, y no hay organización sin autoridad.

Es canon inconcuso de la Acción Católica su diocesano. Pero esto no es óbice para que la Acción Católica haya adquirido en los diversos países dimensión nacional. La Acción Católica nacional existe. Y cuantas razones aconsejen su compacta ligazón en el plano diocesano son válidas, y aun acentuadas, en el plano nacional. Si en el plano nacional diésemos a los dirigentes de la Acción Católica menos autoridad que a los diocesanos en el suyo, caeríamos en el contrasentido de debilitar la organización allí donde la realidad pide imperiosamente que sea más fuerte. Pero ¿y la autoridad del Obispo? De ella depende que la Acción Católica de sus diócesis se incorpore o no a la organización nacional. Tomada esta decisión, y mientras la mantenga, la Acción Católica deberá obedecer, de ordinario, las decisiones de los organismos nacionales competentes, adoptadas con el visto bueno de quienes representan en ellos a los organismos nacionales eclesiásticos que actúan en representación del Episcopado para dirigir, en el ámbito nacional, la Acción Católica.

Subrayamos las palabras de ordinario porque ya se entiende que la decisión episcopal de encuadrar de verdad la Acción Católica diocesana en la organización nacional no le puede privar de la facultad de decidir en cada caso la suspensión o modificación en su diócesis de las decisiones emanadas de los órganos nacionales.

Pero nótese que los organismos seculares nacionales competentes son los designados por la Jerarquía directamente o por los procedimientos por ella establecidos; que la constitución de estos organismos eclesiásticos nacionales se regula en bases o estatutos aprobados por la Santa Sede, y que el visto bueno del consiliario o representante en dichos organismos es prenda segura de que las normas dictadas por los dirigentes nacionales de la Acción Católica están dentro de las normas y planes de apostolado establecidos para toda la nación por quienes representan al Episcopado y actúan en ese plano bajo la dirección del Romano Pontífice, que es el Rector supremo de la Acción Católica de todos los países.

Jerarquismo y espíritu de iniciativa

La Acción Católica es sustancialmente jerárquica. Ha de obedecer al Papa y a los Obispos, y no de cualquier manera, sino con entrega sumisa y pronta. Para que su acción sea fecunda no basta que la Jerarquía la permita; hace falta que la Jerarquía la quiera. Es lógico. La Acción Católica no es el apostolado de los seculares, sino el mismo apostolado de la Jerarquía realizado por medio de un instrumento que son los seculares organizados.

Ahora bien: el instrumento, en nuestro caso, no es inerte.

Los laicos tenemos la obligación de estudiar y elaborar, con libertad de iniciativa, planes, campañas, movimientos, obras para difundir en el mundo el conocimiento y el amor de Jesucristo. Ahora bien: nuestro espíritu de iniciativa sería espíritu de perdición si quebrantase o debilitase nuestro espíritu de obediencia.

Deber es también de los laicos informar verazmente a la Jerarquía y exponer con absoluta sinceridad su opinión, sin adular ni adulterar la información porque pueda resultar dolorosa ni disfrazar la opinión por temor de que no resulte grata.

Preparación necesaria

Los seculares llamados a colaborar en el apostolado jerárquico, y especialmente los designados para funciones dirigentes, han de ser idóneos. Dios no ha dado a todos ni la posibilidad ni la aptitud para ser apóstoles en la estricta acepción del término.

No basta la buena voluntad y el celo. Hay que conocer bien en sus realidades materiales y psicológicas los ambientes, las zonas, los sectores en que hemos de hacer nuestro apostolado. La improvisación debe ser desterrada. Las campañas y los movimientos apostólicos deben ser cuidadosamente preparados. Y los hombres elegidos para ponerlos en práctica han de poseer las cualidades necesarias.

Pero con sólo técnica no iríamos a ninguna parte.

Sin Dios, nuestro apostolado no es más que un lamentable artificio.

Si yo hubiese pronunciado miles de discursos de propaganda, y hubiese llenado muchas páginas de revistas católicas, y hubiese organizado cien asambleas y congresos, y montado servicios parroquiales, y fundado residencias universitarias, y repartido alimentos a los pobres, y lo hubiese hecho sin amor, todo sería metal que suena, campana que retine; para Dios, nada; para Dios, obra de iniquidad.

Relación de los laicos con los sacerdotes

El primer fruto de la participación de los seculares en el apostolado es la creciente estima por el sacerdocio.

Fruto de este clima de amor al sacerdote son—lo hemos dicho más arriba—las vocaciones sacerdotales, que, nacidas en el seno de las obras de apostolado de los seculares, movieron a Pío XI, al publicar su encíclica "Ad catholici sacerdotii", a volverse agradecido, con íntimo consuelo, hacia la Acción Católica, proclamando cuánto se había distinguido en este campo de las vocaciones.

Porque amamos mucho al sacerdote, le pedimos mucho. El apostolado, o no es nada o es hambre de Dios; hambre de Dios para nosotros y para el mundo; hambre de Dios para los sacerdotes. Los queremos ver hambrientos de Dios, y porque los amamos tanto nos entristecen, si acaso se producen, sus tibiezas y sus criterios mundanos, con los que son escándalo para los débiles. Pero nunca nos creemos superiores a ellos. Ellos son normalmente superiores a nosotros por su virtud y sus letras y lo son siempre como sujetos del poder del orden.

La aportación secolar al apostolado jerárquico no viene a sustituir, ni siquiera en parte, el apostolado de los sacerdotes, sino a sumarse, subordinadamente, a él en la forma y medida que determinen el Papa y los Obispos. La más cordial inteligencia habrá de reinar entre el apostolado de los sacerdotes y el de los seculares. El apostolado de los unos no es una competencia del de los otros.

Ni seculares que parezcamos curas, ni curas aseglarados. Cuando esto ocurriese estaríamos ante una subversión.

El sacerdote protagonista de la novela de Bernanos "Diario de un cura rural" dice que los monjes sufren "por" el mundo y los sacerdotes "con" el mundo, lo cual quiere decir que los monjes están fuera del mundo y los sacerdotes dentro de él. Pío XII, refiriéndose a los institutos seculares, habla de apostolado "desde" el mundo.

Arrojan viva luz sobre los campos respectivos de competencia y sobre los modos de actuar de sacerdotes y seculares las expresiones "en el mundo" y "desde el mundo". El sacerdote viene al mundo desde las alturas de su ordenación sacerdotal, después de haber pasado por la fragua del seminario. Ministro de Dios y mediador entre el Señor y los hombres, ha de estar revestido siempre, aun externamente, de atributos que hablan de su sobrenatural dignidad. El amor, como a San Pablo, lo hará hacerse todo a todos para ganarlos a todos, pero ello no supondrá nunca abandono ni posesión de su carácter, de su misión, de su oficio sacerdotal. El sacerdote nunca será un igual, sino un superior; tendrá derecho a nuestro amor y en muchas ocasiones logrará ser ardientemente amado, pero no como compañero ni aun como hermano, sino como padre.

El secolar, por el contrario, no viene a evangelizar desde fuera porque está dentro. Es uno de ellos, con sus mismos derechos y obligaciones, sus mismas cargas, idénticos problemas e iguales dificultades, preocupaciones y peligros. El apóstol secolar es uno más, un igual, un compañero, un camarada. Y así como el sacerdote no debe nunca abandonar su posición sacerdotal, el laico debe ser fiel a su condición secolar. Cuando la Iglesia le llama a participar en el apostolado jerárquico, no debe despegarse de su condición secolar,

EL HOMBRE DE HOY APENAS ATIENDE A OTRAS PALABRAS QUE A LAS DE QUIENES CONVIVEN CON EL

Por eso el apóstol seglar ha de poseer el significado de las verdades religiosas

Y saber exponerlas de modo que muevan al incrédulo a escuchar a un sacerdote

Sólo el amor a Dios es esencial, pero ¿cómo podrá amársele si no se le conoce?

Lección del publicista australiano Francisco J. Sheed en el Congreso de Apostolado Seglar

I

Una guerra en favor del "enemigo"

La Iglesia, como sabemos, tiene dos clases de miembros: el clero y el laicado. El laicado es inferior en rango, si puede decirse que posea un rango, pero numéricamente forma la gran mayoría. Yo hablaré de lo que es el laico en virtud de la confirmación: soldado de la Iglesia militante. La Iglesia en la tierra está en guerra; es, pues, un ejército. Sus oficiales son el clero, nosotros somos las filas de combatientes, simples soldados. Tenemos que considerar nuestra participación en la batalla.

Para comenzar, tenemos que entender de qué clase de batalla se trata. La lucha se combate no sólo para agrandar la Iglesia, sino para llevar las almas a la unión con Cristo. Es la más rara de las guerras: se combate en favor del enemigo y no contra él. Incluso el término "enemigo" no debe desconcertarnos.

Todo incrédulo, como todo católico, es un ser con un espíritu inmortal, hecho a imagen de Dios, por quien Cristo

murió. Por más hostil que sea a la Iglesia o a Cristo, nuestra meta ha de ser convertirlo, no simplemente vencerlo, y menos aún al destruirlo. Nunca debemos olvidar que el demonio quiere su alma en el infierno, como quiere la nuestra, y tenemos que luchar contra el demonio por él. Nos podremos ver forzados a oponernos a un hombre para evitar que ponga en peligro a las almas; pero siempre queremos ganarlo para salvar su alma. Tenemos que luchar con el poder del Espíritu Santo: El es el amor del Padre y del Hijo, y en la medida en que los soldados de la Iglesia luchan con odio, están luchando contra El.

Muchos no conocen el mundo tal como es

Esta guerra se combate con muchas armas, pero la principal es la verdad. Porque "la verdad quiere ver la realidad como es". Los hombres que no conocen lo que es Dios, lo que es el alma del hombre, cuál es el fin de la vida y qué sigue después de la muerte, no viven, sencillamente, en el mundo real. Y esta es la condición de la gran masa del género humano. Tienen necesidad de que se le enseñen las ver-

ni considerarse un tipo híbrido, intermedio entre el sacerdote y el laico, ni abandonar ni atender menos su familia y su profesión, ni dejar de amarla.

La Acción Católica y la cristianización de las estructuras temporales

"Los laicos no se limitan a recibir del clero la vida divina que poseen; vivifican el mundo, llevando a éste y haciendo crecer en todos sus ambientes la vida divina que han recibido. Tienen un destino sagrado que les impele a ello. Los laicos... consagran desde dentro la sociedad en la que viven y los problemas en los que se mezclan."

Enfrente de esta noble ambición universal de poner sobre todas las cosas el sello de Dios existe una tendencia "que reina aún entre católicos (calificada de nefasta por Pio XII en su discurso de clausura del I Congreso Mundial del Apostolado de los Laicos), que querría confinar a la Iglesia a las cuestiones llamadas puramente religiosas".

Jesucristo tiene poder absolutísimo, como verdadero Dios que es, al mismo tiempo que verdadero hombre, sobre todas las cosas; pero ha puesto las humanas y temporales en las manos del hombre para que las use y las organice libremente según los dictados de la recta razón; es decir, dentro del ámbito marcado por la ley de Dios y no como siervo o esclavo de las malas pasiones de su naturaleza caída.

No se trata de quitarle nada al César: "No quita los reinos mortales el que da los celestiales." No es nuestro ideal el de una Iglesia jerárquica cargada de quehaceres temporales. No nos agradan los sacerdotes dirigiendo cooperativas, que al arruinarse incluyen en su pasivo el desprestigio del clero.

Pero no estamos dispuestos a consentir pasivamente que mientras se deje intacta la parte del César, en lo cual estamos muy conformes, se merme la parte de Dios. Dios nos envió a su Hijo y su Hijo nos dejó su Iglesia. La Iglesia conserva la vida y la doctrina de Cristo. Los quehaceres temporales no son de su competencia, pero sí es obra suya, obra de salvación, sin la cual la ciudad temporal se sume en tinieblas, la de enseñar la doctrina con arreglo a cuyos principios deben realizarse los negocios temporales.

El Papa, los Obispos y los sacerdotes difunden la doctrina y la vida, y los laicos, que somos Iglesia, las recibimos, y fortalecidos con ellas las irradiamos al mundo "desde" nuestras posiciones seculares, organizando la ciudad temporal bajo nuestra responsabilidad y sin implicar a la

Iglesia jerárquica, pero con su sumisión a los principios de la doctrina de Cristo Rey.

Almas y cuerpos, bienes espirituales y bienes temporales, Iglesia y Estado, sacerdotes y laicos, y por encima de todo, Dios, creador y señor de las almas y de los cuerpos, de los bienes espirituales y de los temporales, de la Iglesia y del Estado, de los sacerdotes y de los laicos; Dios, autor de un orden según el cual la Iglesia se cuida de los bienes espirituales y el Estado de los temporales, y sus hijos, los hijos de Dios, vienen obligados a sostener sobre sus hombros la Iglesia y el Estado, la ciudad celestial y la ciudad temporal, porque las dos son queridas de Dios, criaturas de Dios, y sobre ambas tiene trazados sus planes la sabiduría divina. Pero los sacerdotes están consagrados al servicio directo de las almas, de los bienes espirituales, de la Iglesia. Ese es su oficio. Y salvo el cumplimiento, por lo demás ejemplar y generoso, de sus deberes ciudadanos, es bueno, salvo excepción, que no se apliquen a otra tarea.

Es incumbencia de los seculares ocuparse de los asuntos temporales. En la profesión y en la sociedad civil tenemos nuestro puesto irremplazable. Si lo abandonáramos seríamos desertores y culpables de que la profesión y el Estado no fuesen cristianos. Dios nos pediría cuenta estrecha.

Desde la tierra debiera subir hasta el trono de Dios, como una grandiosa sinfonía, el homenaje de amor de todas las criaturas en paz con su Creador.

Desventuradamente, en la tierra se prolonga, junto al grito del Arcángel San Miguel "¿Quién como Dios?", el "Non serviam!" de Luzbel. Hasta el cielo sube no el cántico unánime de las alabanzas de Dios, sino el estruendo de la gran batalla entablada por el bien y por el mal, por Dios y contra Dios. La humanidad está desgarrada, violentada, corroida, martirizada, mutilada por el pecado. El pecado lo invade todo. Y todo ha de ser curado, limpiado, salvado.

Esa es la empresa gigantesca de Cristo, el Cordero que quita los pecados del mundo; de Cristo por medio de su Iglesia; de Cristo por medio de nosotros, que somos Iglesia. Para eso hemos sido puestos por Dios en el mundo y por eso debemos entonar a nuestro modo, con ancho pecho, el himno de los tres jóvenes heroicos: taller y oficina, bendecid al Señor; campos y fábricas, mares y mina, bendecid al Señor; cine y teatro, radio y televisión, bendecid al Señor; sindicato y banca, arte y política, asambleas legislativas y organizaciones internacionales, sed juiciosos y dejaos aleccionar por el Señor; la tierra entera de polo a polo y todos los hombres que la pueblan, bendecid al Señor.

dades acerca de Dios, el orden espiritual, el mundo venidero, porque los hombres no pueden vivir conforme a una realidad que ellos no conocen—y no nos atrevemos a culparles por no vivir de acuerdo con una realidad que nunca se les ha mostrado—; sobre todo, tienen que llegar a ver y conocer a Cristo Nuestro Señor, en quien toda verdad está contenida y por quien es anunciada a todos los hombres.

Aquí debemos detenernos un momento a considerar un simple hecho. Vivimos en un mundo alborotado: nunca estuvo el mundo tan lleno de ruido. Con todo este estruendo, ¿cómo podrá oírse la verdad, la verdad revelada? Tenemos un gran Papa que proclama la verdad hondamente; pero la gran masa de las gentes nunca escucha lo que dice; sencillamente no puede oír lo que él dice. Cosa semejante ocurre a nuestros Obispos, nuestros grandes escritores y predicadores: sus voces solamente llegan a una pequeña minoría; para los demás, se pierden en el aire.

Sólo hay una voz que puede ser escuchada, la voz de un hombre que habla a su vecino, al hombre con quien trabaja, con quien juega, con quien viaja. Esa voz, y solamente ella, puede asegurar la atención. Por lo tanto, de esa voz depende la victoria, de la guerra en nuestro tiempo y lugar.

Para esto debe estar pertrechado, en primer lugar, con las verdades acerca de Dios, el alma, la vida verdadera y sobre Cristo Nuestro Señor. Lo esencial es que conozca lo que las verdades en sí mismas significan—y qué diferencia hay entre ellas—y su importancia vital; y no solamente conocer estas verdades, sino poder explicarlas.

Muchos laicos ni siquiera conocen estas grandes verdades lo bastante para poder expresarlas aun pobremente. Conocen, o por lo menos aprendieron, las admirables fórmulas del catecismo, en las que están compendiadas las verdades, pero no alcanzan a comprender lo que las fórmulas les dicen actualmente. Por lo tanto, no les es posible presentarlas de tal suerte que otro hombre quede cautivado al percibir la belleza y menos aún la trascendencia que tendría para su propia vida si él las aceptara.

Yo no sugiero, por supuesto, que cada católico laico pueda dar una explicación completa y teológica de este o de otro dogma cualquiera de la Iglesia. Pero está fracasando, en cuanto soldado, si no puede hablar de ellos inteligentemente, esclareciendo parte de su significado para suscitar el interés y posiblemente hacer que el otro quiera ir a un sacerdote para una instrucción plena.

No basta con dar buen ejemplo

Es posible que nosotros, los del laicado, nos consolamos con la certeza de que la teología es para el clero y que cumplimos con nuestro deber dando buen ejemplo. Pero sería un soldado muy extraño el que solamente tuviera la obligación de dar buen ejemplo. Tiene un valor enorme el que así lo hagamos, pero no basta. Los incrédulos frecuentemente quedan impresionados por la bondad, gentileza y desinterés de algunos católicos con quienes se encuentran; impresionados hasta el punto de que tan recto comportamiento provenga de algo que hay en su religión. Así, pues, le piden que explique su religión. Si él responde convincentemente, el resultado es del todo satisfactorio; puede ser que el episodio termine con que el incrédulo reciba instrucción de un sacerdote. Mas si aquí sólo dice tonterías, entonces el incrédulo no puede sino apartarse, seguro, como siempre, de la bondad de este católico en particular, pero convencido de que su religión no tiene nada que ver con ello.

La experiencia parece demostrar que nosotros los laicos no enseñamos las verdades por nosotros conocidas. Lo que es más de notar es que, al dejar de enseñar, no somos conscientes de que faltamos a un deber. Si sucede que un grupo celebra sus reuniones en algún sitio—en el propio pueblo, en el tren, o en el barco, o en el aeroplano—y hay algún comunista, todos lo saben en seguida. Si sucede que se encuentra un católico, las posibilidades son que ninguno lo advierta. El comunista vive apasionadamente ansioso por propagar las doctrinas que sostiene como verdaderas. El católico no tiene esta pasión. No es que amemos nuestra fe menos que un comunista ama su comunismo. Hay otra prueba de amor además del deseo de convertir a otros: a saber, la voluntad de morir por ellos. Y los católicos siempre han demostrado esta voluntad en la medida más heroica. En aquellas partes del mundo donde hoy se puede servir a la fe muriendo, la Iglesia tiene sus mártires. Pero en la mayor parte del mundo esto no es así. Lo que la Iglesia necesita de nosotros no es nuestra muerte, sino nuestro testimonio, el testimonio de nuestra vida y de nuestra palabra.

¿Por qué nosotros los laicos fallamos en este punto de testimoniar con la palabra? Por lo general, a todo laico le gusta hablar en testimonio de la verdad para ganar a otros que la acepten. ¿Por qué, pues, guarda silencio? Generalmente calla porque siente que no conoce la fe sufi-

cientemente, y que si entra en una discusión la perdería. Y esto probablemente es muy cierto. Pero ¿por qué no está equipado para tan urgente deber? Porque la mayor parte de los laicos no ven ni la naturaleza de esta guerra ni el modo como podrían ayudar a ganarla.

No se requiere ser un gran experto militar para pronosticar el resultado de una guerra en la cual un gran número de los combatientes no lucha y ni siquiera sabe que hay una guerra. Los oficiales son necesarios y la obediencia a ellos es esencial. Pero un ejército en el cual solamente luchan los oficiales está condenado a no tener éxito en ninguna guerra, menos aún en esta guerra en la cual la Iglesia lucha por las almas de los hombres. Porque la gran mayoría de la gente por quien luchamos nunca se encuentra con un oficial o nunca escucha su voz. Se encuentran con nosotros.

II

Necesidad de la verdad para todos

El laico no es solamente un soldado: es un hombre, y como en todas las guerras, será tanto más soldado cuanto más hombre completo sea. Hemos hablado de lo que el católico debe hacer para ayudar a otros a salvarse. Hablemos ahora de lo que tiene que hacer en el campo de la doctrina para su propio bienestar espiritual: su crecimiento como miembro del Cuerpo de Cristo.

Todo hombre es una unión de espíritu y materia, de alma y cuerpo. Hasta aquí no hay distinción entre un laico y un sacerdote. Cada uno tiene la misma estructura humana y las mismas necesidades humanas. Como objeto material, el cuerpo de un sacerdote no difiere en nada del cuerpo de un laico. Ambos necesitan alimento, y sin él perecerían; necesitan luz y no pueden ver sin ella.

El sacerdote tiene un oficio que el laico no lo tiene, y poderes y obligaciones anejas al oficio. Pero en lo que el alma necesita meramente por ser alma no hay diferencia.

Y todas las almas, simplemente porque son almas humanas, necesitan verdad, verdad revelada. Porque el sacerdote tiene el deber oficial de enseñar la verdad, él tiene una mayor obligación de estudiarla y de dominar el modo de enseñarla. Pero como un bien para uno mismo, la verdad revelada es igualmente para todas las almas; todas igualmente sufren pérdida no poseyéndola, o poseyendo menos de lo que tendrían que poseer.

La verdad no es simplemente un arma para ser usada en la batalla por las almas de los demás. Es alimento para el alma y luz para el entendimiento. Nuestra mente está desnutrida y a oscuras si carece de ella.

Así, el hombre completamente separado de la verdad revelada vive una vida desnutrida en la realidad. El católico nunca puede encontrarse en tal pobreza. Tiene la Sagrada Eucaristía para alimentarse, y no puede dejar de conocer algunas de las verdades de la Revelación. Sin embargo, en cuanto no ha comprendido la realidad que las doctrinas deben aportar, está viviendo, cuando mucho, una vida subalimentada, en la penumbra. Entre el incrédulo que no acepta la doctrina de la Trinidad y el católico que la acepta, pero que no sabe lo que significa la diferencia, no es tan grande como sería de desear.

El analfabetismo religioso

En sentido religioso, es un analfabeto.

El analfabetismo religioso era ya bastante malo cuando prácticamente nadie sabía leer y escribir. Pero lo que ahora encontramos es más extraño y más peligroso. El hecho de saber leer y escribir, en el orden secular, y al mismo tiempo ser analfabeto en el orden religioso, produce un desequilibrio dentro del hombre. Es como si tuviera dos ojos que no enfocan el mismo punto: un ojo potente que ve la vida como la ve el mundo y un ojo débil que ve la vida como la fe enseña que es. Sobreviene una tentación insuperable de cerrar uno de los ojos: naturalmente, el ojo débil.

Definitivamente, podemos decir que para el laico no es estrictamente necesario saber teología. Sólo el amor es esencial. Pero ¿cómo puede alguno amar a Dios y no querer saber todo lo que se puede conocer acerca de El? El amor tiende al conocimiento, y el conocimiento sirve al amor. Cada verdad que aprendemos acerca de Dios es una nueva razón para amarlo. Después de todo, la razón para amar a Dios no está en que nuestros maestros lo amen y nos comuniquen su amor; está en que El es amable, y nosotros podemos conocer que El es amable solamente conociendo lo que El es.

Para volver a nuestra primera pregunta: ¿qué clase de soldado resultará un católico sin instrucción? Tropezando en la oscuridad sin darse cuenta siquiera de que hay oscuridad; alimentando a medias y sin tener siquiera hambre, no se encuentra en estado de mostrar la realidad a los otros. Sólo un laicado que viva íntegramente en la realidad está preparado a mostrarla a otros, y para inducirlos, además, a que quieran vivir en ella. ¡Ese es el combate de la Iglesia!

Cómo recibió el Congreso de Apostolado Seglar la sugerencia del Papa sobre posibles cambios en la Acción Católica

UNA EXPOSICION DEL PRESIDENTE DE LA JUNTA TECNICA DE LA ACCION CATOLICA ESPAÑOLA

El presidente de la Junta Técnica de Acción Católica Española, don Alfredo López, que presidió la delegación española asistente al II Congreso Mundial para el Apostolado de los Laicos, expuso el pasado 14 de noviembre en el círculo de estudios del Centro de Madrid sus impresiones sobre la sugerencia hecha por el Romano Pontífice en orden a posibles cambios de la denominación y estructura de la Acción Católica.

Por tratarse de algo directamente vivido por nuestro compañero Alfredo López en las tareas del Congreso, nos parece interesante recoger su informe.

El discurso del Romano Pontífice

La mayor parte de la delegación española llegó a Roma en la noche del viernes, 4 de octubre. Aquella misma noche se nos dijo que el Romano Pontífice pronunciaría un discurso, largo e importante, cuyo texto nos sería entregado, impreso, en una separata de "L'Osservatore Romano" a la salida de la audiencia pontificia. Tuvo ésta lugar no en el aula de las Bendiciones, como se pensó en un principio, sino en la basilica vaticana, repleta de católicos, que aclamamos con entusiasmo a nuestro Padre Santo.

Estaban bien informados los que nos dijeron que el Padre Santo pronunciaría un largo e importante discurso. El Romano Pontífice no lo leyó entero, y aprovechó la solemne e importante ocasión del II Congreso Mundial para dirigirnos elevadas exhortaciones y sabias normas.

El discurso pronunciado por el Papa, unido al de clausura del I Congreso Mundial, constituyen, evidentemente, un cuerpo de doctrina que, para ser asimilado y puesto en práctica, requería un estudio atento y profundo de los teólogos que dedican sus nobles esfuerzos a la investigación de la posición del laico en la Iglesia y de los seglares que trabajamos en el apostolado.

En un momento de la parte del discurso leído en la basilica vaticana, Pío XII se expresó de la siguiente manera:

"Parece necesario, al llegar a este punto, dar a conocer, al menos a grandes rasgos, una sugerencia que nos ha sido comunicada muy recientemente: Se señala que reina en la actualidad un penoso malestar bastante ampliamente extendido, que tendría su origen sobre todo en el uso del vocablo "Acción Católica". Este término, en efecto, parecería reservado a ciertos tipos determinados de apostolado seglar organizado, para los que crea, ante la opinión, una especie de monopolio; todas las organizaciones que no entran en el cuadro de la Acción Católica así concebida—se afirma—, aparecen como de menor autenticidad, de importancia secundaria, menos apoyadas por la Jerarquía y permanecen como al margen del esfuerzo apostólico esencial del elemento seglar. La consecuencia parecería ser que una forma particular de apostolado seglar, es decir, la Acción Católica, triunfa en perjuicio de las otras, y que se asiste a la preponderancia de la especie sobre el género. Más aún, prácticamente, se le concedería la exclusividad, cerrando las diócesis a aquellos movimientos apostólicos que no llevasen la etiqueta de la Acción Católica.

Para resolver esta dificultad se piensa en dos reformas prácticas: una de terminología y, como corolario, otra de estructura. En primer lugar sería necesario devolver al término "Acción Católica" su sentido general y aplicarlo únicamente al conjunto de movimientos apostólicos seglares organizados y reconocidos como tales, nacional o internacionalmente, ya sea por los Obispos en el ámbito nacional o por la Santa Sede en cuanto a los movimientos que aspiran a ser internacionales. Bastaría, pues, que cada movimiento particular fuera designado por su nombre y caracterizado por su forma específica y no según el género común. La reforma de estructura seguiría a la fijación del sentido de los términos. Todos los grupos pertenecerían a la Acción

Católica y conservarían su nombre y su autonomía, pero todos ellos juntos formarían, como Acción Católica, una unidad federativa. Cada uno de los Obispos quedaría libre de admitir o de rechazar a determinado movimiento, de confiarle o no su mandato, pero no le correspondería rechazarlo como si no fuera de Acción Católica por su misma naturaleza. La realización eventual de semejante proyecto requiere, naturalmente, atenta y prolongada reflexión. Nuestro Congreso puede ofrecer una ocasión favorable para discutir y examinar este problema, al mismo tiempo que otras cuestiones similares."

Honda impresión en el Congreso y planteamiento en la Presidencia de la cuestión expuesta por el Papa

Muy pocas personas debían conocer el discurso del Romano Pontífice en el punto concreto en que acaba de ser transcrito. Tal es la impresión, muy fundada, que obtuvimos en el Congreso.

Las palabras del Papa produjeron una honda impresión, que fué acentuándose durante los primeros días del Congreso para quedar después algo más serenada.

A las veinticuatro horas de haberse pronunciado creí necesario llamar la atención de la Presidencia colegiada sobre la cuestión que las palabras del Romano Pontífice habían planteado. La Presidencia debía formar un criterio en punto a cómo debía responder el Congreso a la invitación directa que el Papa nos había hecho para que discutiéramos y examináramos el problema a que se había referido.

Se acordó solicitar una información que proveyera a la Presidencia del mayor número posible de elementos de juicio y que el director del Secretariado de los Congresos Mundiales para el Apostolado de los Laicos, Vittorino Veronese, además de buscar dicha información, celebrase consultas con miembros destacados del Apostolado Seglar presentes en el Congreso.

Información confidencial recibida por la Presidencia del Congreso

Al día siguiente, lunes 7, Veronese y el asistente eclesiástico de la Presidencia del Congreso, monseñor Glorieux, dieron cuenta de la confidencial información que habían recibido, que se concretaba en estos tres puntos:

Primero. El Padre Santo no había pensado, en concreto, al pronunciar sus palabras, en ningún país ni en ninguna Obra.

Segundo. El Papa, que había aprobado el programa del II Congreso, no se había propuesto que este programa fuese alterado.

Tercero. La manifestación de que el Congreso podía ofrecer una ocasión favorable para discutir y examinar el problema, había que entenderla literalmente como una invitación—nunca como una orden—, que dejaba en libertad al Congreso para discutir y examinar o no el problema y para determinar, claro es, la forma de hacerlo.

La Presidencia acordó que se constituyera una Comisión especial, que vino a estar integrada por los congresistas a quienes Veronese había consultado este asunto. Esta Comisión fué presidida por el polaco conde Valinsky, y formó parte de ella un español: el vicepresidente de la Junta Técnica encargado de los Asuntos Internacionales, don Antonio García Pablos, que más adelante presidió la Subcomisión de redacción, constituida en el seno de la Comisión especial.

Mientras la Comisión trabajaba en silencio, las palabras del Papa eran objeto de frecuentes cambios de impresiones y de comentarios entre los congresistas.

Variedad de puntos de vista entre los congresistas

Es evidente que se produjo un fuerte estado de interés y de vibración en torno al tema, y que, aunque siempre con noble propósito, se incurrió en evidentes exageraciones.

Para unos, se llegó a creer que las palabras del Papa re-

presentaban para la Acción Católica lo que el decreto pontificio disolviendo la Compañía de Jesús. Otros juzgaban perdidos treinta años de esfuerzo apostólico en las obras de Acción Católica. Otros se mostraban temerosos de que el tipo de organización federativa que le había sido sugerido al Papa debilitase la unidad del apostolado, incluso dentro del seno mismo de la Acción Católica. Preguntábase otros qué nombre habría de usar la Acción Católica si la sugerencia hecha por el Romano Pontífice prosperase, puesto que el título de Acción Católica habría de usarlo exclusivamente el conjunto de las obras de apostolado, que conservarían el suyo, dándose el caso de que las organizaciones de Acción Católica se quedarían sin nombre. Otros—entre los cuales yo me encontré desde el primer momento—recibieron con un gran optimismo las palabras del Romano Pontífice, extrañando de ellas el deseo del Papa de una mayor unidad sin mengua de la variedad de las fuerzas de apostolado seglar y de una mayor eficacia de las mismas, abrigando la firme convicción de que habrían de ser inmensos los beneficios que a las obras apostólicas de los seglares rendiría el discurso del Papa si, como era de esperar, con la ayuda de Dios, todos sabíamos ser eco fiel de sus enseñanzas.

Por ser esta mi posición de ánimo, en la emisión de Radio Vaticano para España, en la que tuve el honor de pronunciar unas palabras, quise hacerme eco del discurso del Romano Pontífice, dedicando palabras fervorosas y emocionadas a la unidad, a la que llamé *santa unidad*, que no ahoga la libertad, que no anula la personalidad, que sublima la libertad y la personalidad, poniendo las de cada obra, empresa o movimiento apostólico al servicio abnegado, disciplinado y generoso de grandes planes comunes, necesitados del esfuerzo concorde de todos, para la dilatación del reino de Dios en la tierra.

Decepción para algunos si la cuestión no se examinaba en el Congreso

Independientemente de los calurosos comentarios y cambios de impresiones sobre el fondo del problema, se formó entre una parte de los congresistas un estado de opinión que proclamaba que se sentiría decepcionado si el Congreso no discutía y examinaba el problema. Una parte numerosa y selecta de la delegación española pensaba así.

Es presumible que este estado de opinión influyó en la comisión especial que había designado la Presidencia colegiada del Congreso, determinando un cambio en su posición. Primero parece que por unanimidad creía lo más conveniente no plantear el problema en el seno de un Congreso tan numeroso y tan variado. Después sugirió a la Presidencia del Congreso una fórmula moderada para dar cauce y expresión a los que querían que se tratase el asunto. La sugerencia consistía, concretamente, en que, constituyéndose la comisión en tabla o mesa redonda, desfilaran por ella para exponer sus respectivos puntos de vista aquellos congresistas que lo desearan.

Decisión de la Presidencia: Posición del miembro español

El viernes, día 11, celebró la Presidencia colegiada del Congreso una sesión, que empezó a las cinco de la tarde y terminó a las dos de la madrugada, con dos cortas interrupciones, una de ellas para cenar. En esta larga sesión se estudió el documento final del Congreso y la propuesta que, verbalmente y por escrito, hizo la Comisión especial. Se equivocaría quien dedujese de la longitud de esta sesión que en la misma hubo larga y difícil discusión. En la Presidencia se logró, sin dificultad ninguna, unanimidad absoluta, y lo que se hizo fué trabajar cuidadosa y mesuradamente sobre el proyecto de documento final, discutiendo algunas de sus partes casi palabra por palabra.

Para valorar la unanimidad de la Presidencia colegiada conviene tener presente que estaba compuesta por 25 personas.

Ante la Presidencia colegiada creí obligado, a fuer de jefe de la delegación española, hacerme eco de aquel estado de opinión de una parte numerosa y selecta de los miembros que pedían calurosamente que el problema planteado por el Papa se discutiera y examinase en el Congreso.

Estrictamente no estaba obligado a hacerlo, porque los miembros de la Presidencia colegiada no lo somos con carácter representativo, sino a título personal. A pesar de ello, y a pesar de que discrepaba de los queridísimos compañeros que opinaban como queda dicho, llamé la atención de la Presidencia colegiada sobre la situación con arreglo a las ideas siguientes:

La Presidencia debía tener conciencia clara, al adoptar su decisión, de que había una parte del Congreso—yo no aludí concretamente a la delegación española—que deseaba que el problema se discutiera y se examinase; que creía

que, de no hacerlo, no se cumplirían los deseos del Romano Pontífice, y que si no era atendida se sentiría decepcionado. Así las cosas, el acto de autoridad de la Presidencia del Congreso negándose a que el tema fuese sometido a discusión, ni aun siquiera en la forma de mesa redonda, que proponía la comisión especial, tenía que ser muy fundado y habría de apoyarse no en que tal discusión no hubiese de producir, probablemente, grandes frutos, sino en que la misma entrañase graves inconvenientes.

La Presidencia del Congreso, fundada en que el estudio que del tema había hecho la Comisión especial ponía de manifiesto la complejidad del mismo y la variedad que su planteamiento había de tener, según los distintos países, y ponderando también las encontradas opiniones que en torno a la cuestión se habían producido y aun la exaltación que en algunos ánimos reinaba, se pronunció por unanimidad en el sentido de que el Congreso había discutido y examinado bastante el problema por medio de la Comisión especial designada y por los cambios de impresiones celebrados por los congresistas.

Es de notar que este acuerdo se adoptó con la aprobación del asistente eclesiástico, monseñor Glorieux, al que particularmente, terminada la sesión, me permití abordar y del que escuché palabras que confirmaban el asentimiento que había dado a la decisión adoptada por la Presidencia.

Declaración y resolución formuladas por el Congreso

En consecuencia, en el documento de conclusiones del Congreso se incluyó una declaración que lo encabezaba y una resolución que ponía final a la misma.

(Ambas fueron publicadas en nuestro boletín anterior como partes integrantes de los documentos conclusivos del Congreso.)

Un editorial de "Ecclesia": "El Papa quiere unidad"

A nuestro regreso de Roma, en el primer número de "Ecclesia" publicado después de nuestra llegada, el órgano de la Dirección Central de la Acción Católica Española publicó un editorial titulado "El Papa quiere unidad".

En síntesis, el editorial de "Ecclesia" se sitúa fuera de dos posiciones extremas. No procede realizar, de momento, cambio ninguno en la organización de la Acción Católica Española por dos razones: en primer lugar, por una razón de competencia, ya que la actual estructura está definida en unas Bases aprobadas por el Romano Pontífice Pío XII; en segundo término, porque, como el propio Padre Santo lo dijo y lo reiteró a los nueve días el Cardenal Siri, la realización eventual de aquel proyecto, que entrañaba cambios de estructura y de terminología, exigía un examen previo atento y reflexivo.

La otra posición extrema, fuera de la cual se sitúa también el editorial de "Ecclesia", es la de que no deba cambiarse nada. Motivos hay que reconocer que el estatuto jurídico de la Acción Católica Española es una obra estimabilísima que personalidades de la Iglesia no españolas han calificado de ideal, pero—seguimos comentando el editorial de "Ecclesia"—ese estatuto jurídico hay que vivirlo, y al realizar la Acción Católica y las demás obras de apostolado seglar el esfuerzo necesario para vivirlo, se verán, muy posiblemente, como necesarias, reformas, porque toda obra humana, aun la mejor, si es vital, sigue la ley de un proceso ininterrumpidamente perfectible.

Modo de cumplir en España lo indicado por "Ecclesia"

Para dar cumplimiento a la línea marcada por el editorial de "Ecclesia", van a celebrarse, Dios mediante, en el plano nacional, reuniones periódicas convocadas por mí, de los Presidentes de las cuatro Ramas y de los Presidentes de las obras de apostolado seglar que formalizasen en su día su adhesión a la Acción Católica, y son las siguientes:

Asociación Católica Nacional de Propagandistas, Conferencias de San Vicente de Paúl, Confederación Católica Nacional de Padres de Familia, Confederación Española de Congregaciones Marianas, Federación de Hermandades Médico-Farmacéuticas de San Cosme y San Damián, Federación Católica de Maestros Españoles, Asociación Católica Internacional de Obras para la protección de las Jóvenes, Federación Nacional de Hermandades Ferroviarias Católicas de la Sagrada Familia y Federación de Antiguos Alumnos Salesianos.

En estas reuniones habremos de estudiar, simultáneamente, el discurso del Papa y la elaboración de un programa de trabajos apostólicos que debemos realizar coordinadamente todas las obras de apostolado seglar.

(Continuación de la pág. 16.)

cercenada por el propio Estado liberal al establecer el principio de la voluntad general y la división de poderes, el Estado totalitario quiso rectificar la línea de marcha, porque no se crea que la revolución histórica supone una evolución uniforme y rectilínea, sino que está llena de rectificaciones, interrupciones y desviaciones, y en tal empeño fracasó, al menos parcialmente. La soberanía está sufriendo el duro embate de la transformación tecnológica del mundo, que repercute sobre las estructuras sociales.

Muchos juzgarán escépticamente esta postura porque sienten cada día más intensamente la autoridad de la Administración en sus negocios y en su vida. Sin embargo, este argumento no niega, sino que confirma nuestra tesis, porque una cosa es la presión del órgano, quizá antes existente, y otra la del Estado. La mayor penetración exterior va en detrimento de su poder interior. El aumento de amplitud de fines administrativos quizá sea el signo visible más notorio de la crisis del Estado.

Ordenes internacionales de interdependencia

El orden internacional fué una creación del principio de las nacionalidades, soporte del Estado—el Estado nacional—, orden de autonomía, de constelaciones, de fuerzas soberanas. Los que nacen juntos y viven juntos con una "unidad de destino" en un territorio, forman su comunidad política organizada, su Estado. Sobre otras parcelas territoriales otras sociedades nacen y viven juntas con su propia "unidad de destino", y como una y otras han de convivir, surge un orden de autonomía, de relaciones de poderes concentrados, de soberanías. Ese fué el orden internacional que hemos conocido.

Pero como las dimensiones de la vida, de los problemas y de las soluciones son infinitamente superiores a esas unidades, nacidas en circunstancias bien distintas, surge la necesidad de agruparse, no en un orden internacional clásico, de convivencia limitada a fines concretos, de alianzas transitorias, sino de alianza permanente, de unión con todas sus consecuencias. Entonces lo que está apareciendo es un orden internacional de interdependencia, una nueva estructura, que va a convivir con otras análogas. El orden internacional de autonomía no desaparece, reaparece a mayor escala. Son los bloques regionales autónomos que están a su vez integrados por órdenes internacionales inferiores de interdependencia.

El impacto sobre el Estado

La integración de un Estado en un orden de interdependencia se impone graves revisiones de orden político y económico.

- a) En el orden político:
 - a') Un reajuste del concepto de soberanía.
 - b') Una cierta homogeneidad política.
 - c') Un desarrollo coherente de su política exterior.
 - d') Un enfoque nuevo de su política cultural.
- b) En el orden económico:

Puede afirmarse que el nuevo orden económico internacional gira en la actualidad sobre una idea fija en Europa: la unidad. Unidad de esfuerzos con miras al bienestar

general, al bienestar económico y, en suma, en la proyección al campo económico de otro concepto más amplio, que es el bien común.

Pero esta unidad tiene, desgraciadamente, una finalidad de lucha entre las economías de los países que se vienen calificando de libres y aquellos otros que tras el telón de acero suponen una amenaza permanente para la paz mundial en el orden político y para el viejo sistema económico en el orden de la economía en general, del comercio, de la industria, etc., etc. Myrdal señala en uno de sus últimos trabajos que todo el tema está centrado en el siguiente dilema: solidaridad o desintegración. Por ello, cuando hoy se quieren dibujar las líneas generales de la actualidad en el campo que a nosotros nos interesa hay que hablar de la unidad, de la integración, de las confederaciones o federaciones económicas, de la asociación de esfuerzos...

Sin embargo, sería injusto señalar este movimiento unionista sin hacer mención de sus antecedentes; por ello, una exposición de cuáles han sido los intentos hasta llegar a las realidades actuales se hace imprescindible, así como también quedaría incompleto este estudio si no se señalaran las realidades que ofrecen los actuales bloques económicos y los inconvenientes y ventajas de estas uniones.

El bilateralismo, que tanto privó en otras épocas, queda hoy relegado a una reminiscencia histórica, sin perjuicio de que muchos países sigan defendiéndolo o manteniéndolo por razones que en cada caso particular se han de señalar y que a veces lo justifica plenamente. Lo que sí puede asegurarse es que la avarquia como forma económica ha sido totalmente rebasada, y por ello el problema fundamental está en muchas ocasiones en lograr adaptar aquel viejo sistema a la realidad presente de amplitud y gran unidad.

También es menester hacer una distinción entre los países desarrollados y aquellos otros que aún están en la fase de subdesarrollo o de poco desarrollados, y en tal sentido es preciso hacer unas distinciones tanto desde el punto de vista teórico como práctico.

No hay que perder de vista tampoco en este nuevo orden económico el papel de la economía americana. Las famosas ayudas a Europa y a otros países son el exponente de un deseo de unidad, pero también de influencia sobre los países ayudados. Muchos han marcado tal ayuda como el precio de la independencia plena. La realidad, al menos en los países desarrollados, es que tal ayuda no ha supuesto tal precio. No puede asegurarse lo mismo de las restantes comunidades nacionales.

Por último, en el sistema actual el punto demografía ocupa un lugar que bien pudiera calificarse de trascendental. Repásense todos los libros de demografía y se verán, desgraciadamente, las tendencias actuales de limitación del crecimiento humano. Se verá en los mismos cómo chocan tales puntos y afirmaciones con las ideas católicas y las doctrinas expuestas por Su Santidad Pío XII en los últimos años. Pero la realidad es que hay muchas regiones del globo que tienen un exceso de población y que no quieren trasladarse a aquellas zonas en las que podrían tener fácil asentamiento. La coacción en este punto da lugar a interpretaciones que son asunto de particular interés en el campo de la economía mundial y del nuevo orden internacional.

"Hoy", de Badajoz, celebra sus bodas de plata

El diario "Hoy", de Badajoz, ha celebrado el día 16 de este mes el XXV aniversario de su fundación. Con este motivo se celebró en la catedral una misa, que fué oficiada por el Obispo de la diócesis, doctor Alcaraz, a la que asistieron, con todo el personal de redacción, administración y talleres, las autoridades locales y provinciales y los directivos de La Editorial Católica don Javier Martín Artajo, don Mariano Rioja, don Aquilino Morcillo y el jefe de Personal de la Editorial, don José Carrasco, juntamente con los consejeros de la Editorial en Badajoz, el director de "Ideal", de Granada, don Santiago Lozano, que fué el primer director de "Hoy", y el ex director del periódico don Narciso Campillo. El Obispo coadjutor de la diócesis, doctor don Eugenio Beitía, tan ligado afectivamente a La Editorial Católica, pronunció una ora-

ción exaltando la labor realizada por "Hoy" como periódico católico.

Más tarde se celebró un banquete, al que asistieron más de un centenar de personas, y en el cual se dió cuenta de las adhesiones recibidas, especialmente la del señor Obispo de Málaga, doctor Herrera, presidente de la Junta de Gobierno de La Editorial Católica. Después hablaron el director de "Hoy" y secretario del Centro de la A. C. N. de P. en Badajoz, don Herminio Piniña, y el actual director de "Ideal", de Granada, don Santiago Lozano. En nombre de los consejeros de la Editorial en Badajoz, pronunció unas palabras don Fabián Lozano, y don Javier Martín Artajo exaltó la aportación extremeña en servicio de España.

El alcalde de la ciudad hizo notar la feliz compenetración existente entre las autoridades locales y el diario "Hoy", y

"Las tareas de la Iglesia son hoy demasiado vastas para permitir que se entregue a disputas mezquinas."

(Del discurso de S. S. Pío XII al II Congreso Mundial para el Apostolado de los Laicos.)

finalmente el prelado de la diócesis, que bendijo en 1933 los talleres y maquinaria del periódico, tuvo palabras de aliento para la Editorial por las campañas realizadas por el diario "Hoy" en servicio de la Iglesia y de España.

Estructura internacional y órdenes nacionales

Tema de estudio del Centro de Madrid en el presente curso

Dos son los temas que en este curso van de ocupar la atención del círculo de estudios del Centro de Madrid: "Corporativismo" y "Estructura internacional y órdenes nacionales".

Del primero ya dimos una amplia e interesantísima ponencia, que servirá de base para su estudio, debida al sociólogo don Antonio Perpiñá.

Para el estudio del segundo tema han redactado otra ponencia análoga Federico Silva, letrado del Consejo de Estado y abogado del Estado; Alfonso Ossorio, abogado del Estado, y Rodolfo Argamentería, catedrático de Economía, Técnico comercial del Estado y Agente de Cambio y Bolsa. Tres jóvenes valores, que actuarán como ponentes para desarrollar las ideas cuya síntesis publicamos a continuación. Al final de su exposición tratarán de aplicar estas doctrinas a la España de 1958.

Diagnóstico del mundo

Hombre y mundo (1), como constante dialéctica (2), se enfrentan hoy en proporciones cósmicas. El hombre de hoy se "halla como deslumbrado por la fascinación de sus propios resultados" (3) y no sabe admirar más que "las grandezas del hombre"; pero "pasado el primer ímpetu de regocijo" y "ante esta inaudita invasión del microcosmos y del macrocosmos" se "va preguntando si conservará su dominio en el mundo". Esta es la gran cuestión, si la lucha secular del dominio del mundo por el hombre va a terminar con el triunfo de uno o de otro.

Adviértase que la cuestión está planteada desde un punto de vista radicalmente histórico, que en este caso se opone al enfoque o planteamiento teológico. Teológicamente no hay contraposición ni lucha entre hombre y mundo, sino que el hombre, señor de la creación, "se sirve" (4) de las cosas creadas como la primera de las criaturas. Históricamente, por la interferencia del pecado original y la naturaleza caída, el hombre "lucha" con las cosas para imponerles su señorío, que subversivamente deificó.

En este sentido, el hombre, en el momento mismo que intenta hacer fulgurar su victoria sobre el tiempo y el espacio, "empieza a tener al mundo", como si la transgresión del orden teológico por el orden histórico—nueva expresión de la soberbia babilónica—tuviese reservado el más terrible de los castigos.

Actitudes ante el mundo

Señala el Papa las siguientes:

a) Fatalismo hedonista: condena la creación por "su falta de armonía y sus innegables incoherencias" y kusca una resignación compensadora en la sensualidad y los placeres.

b) Fatalismo atormentado: el imperio del dolor y de la crueldad en el mundo exigen una actitud de inhibición y de autodefensa.

c) Superadores futuristas: el presente es malo, desdichado, perverso; la solución siempre está en el mañana y con fórmulas y elementos nuevos.

d) Realistas: "los que ven el hecho deplorable de que hombres exteriormente progresistas se vuelven interiormente incíviles".

Todos se pueden ver retratados en esos grupos; todos menos los cristianos. Pero entiéndase bien que no todos los bautizados, sino los que no se sienten "siervos de los elementos de este mundo ni destinados a una perfección parcial de esta o aquella facultad, sino llamados a renovar en todo el hombre la perfecta imagen de Dios, que es armonía en sí mismo y prenda de todo orden en el cosmos".

No obstante, conviene subrayar cómo Su Santidad afir-

ma que el mundo presenta "innegables incoherencias". Por eso debe rechazarse la idea equivocada o hipócrita de los perfeccionistas y los utopistas que nos ofrecen paraísos cuya existencia es imposible por las "innegables incoherencias" de lo creado.

Como actitud moral que a un cristiano se le impone, sobre todo si actúa en la vida pública, está la de depurar su crítica del "mundo" y de las cosas, y también sus ideales y aspiraciones, porque si el perfeccionamiento que pretende y que puede justificar el negativismo de su crítica es utópico e irrealizable por las propias "incoherencias del mundo", está absolutamente equivocado o se halla engañado. En el mejor de los casos es "ciego, guía de ciegos", con el gravísimo peligro de capitanear a quienes se dirigen sin saberlo a "la fosa común".

El mundo y las estructuras sociales

Las estructuras sociales ideadas y construidas por el hombre forman parte del mundo. La sociabilidad humana les dió forma, las levantó, y al adquirir propia existencia formaron una parcela de ese compuesto de seres y relaciones que hemos denominado "mundo". Pero en las estructuras sociales es donde se hace más patente la presencia del espíritu de Dios en el mundo, porque la más íntima conexión del espíritu divino con el hombre hace que así como en las cosas Dios sólo deja su huella, en el hombre deja su imagen, y al proyectarse sobre la estructura social, ésta se hace "armónica" y acogedora. La prueba más concluyente de que una estructura social está lejos del espíritu de Dios es que sea inhóspita, "extraña, oscura y peligrosa, siempre propensa a despojarse de su índole de instrumento y a convertirse en su enemigo" (5).

No debe, además, olvidarse la íntima relación de todo o parte que mundo y estructura social tienen. De ella brota una notoria interdependencia. Las estructuras sociales estables y "armónicas" producen seres, creaciones, frutos e ideas distintas de otras estructuras diferentes. Los avances y mutaciones del "mundo" hacen variar, según prueba la experiencia diaria, las estructuras sociales.

El hombre y las estructuras sociales

En un orden cultural se ha visto la integración política del hombre en sucesivas estructuras (polis, civitas romana, civitas cristiana, Estado moderno), que conducen a un final desintegrador, sea o no wagneriano. Esta visión "cósmica" del problema, como actos de esa gran tragedia que podría titularse "Historia de una civilización", conduce a posiciones que claman por el fin de la misma, no sabemos si por cansancio o por lo atormentado del espíritu del espectador. Jhering y Heidegger han sido los más notables entre ellos (6).

No obstante, prefiero hacer otro planteamiento menos colosal, "más modesto" y quizá más asequible: la tendencia a la dualidad es algo tan efectivo como deplorable. Nuestra naturaleza usa de su dualidad creacional de una manera torcida—sin duda, por el pecado original—, luchan el alma y el cuerpo, el bien y el mal, la libertad y el orden, la unidad y la pluralidad... De esta forma, la lucha "dualista" se presenta de modo simultáneo unas veces, y otras, de manera sucesiva. Al pluralismo político griego sucedió la unificación política romana, y a ésta, la pluralidad medieval para sucederle la otra unificación política de "lo stato", absoluto y rígido, y advenir después la dispersión del Estado democrático y liberal.

En esta relación del hombre con la estructura social obsérvese que nunca revierte la fórmula precedente, sino una nueva, inspirada en el principio anterior y con ingredientes de todas las que la precedieron, incluso de la que va a sustituir.

Nuestro punto de partida: la crisis del Estado

La esencia del Estado como estructura social de carácter político fué la supremacía en el interior y la soberanía en el exterior, sobre la base de un orden internacional plural. La supremacía del aparato de poder estatal fué ya

(Continúa en la pág. anterior.)

(5) Mensaje del Papa ya citado.

(6) Cuando uno y otro pidieron, respectivamente, la desaparición del Derecho Romano tradicional y de la ontología tradicional.

(1) Por mundo entendemos, con el Pontífice, un compuesto de seres y relaciones exteriores al hombre con las que éste vive, en las que vive y con las que desarrolla su personalidad.

(2) La palabra tensión, tan frecuentemente utilizada en la Sociología, el Derecho y las Humanidades en general, es un transporte de la terminología de las Ciencias Físicas y Naturales. Entre los que con más acierto han efectuado este transporte están Kelsen y Schinoyer. Aquí parece adecuado utilizarla.

(3) Del Mensaje de Navidad del 67, de Su Santidad el Papa, como todas las demás citas transcritas.

(4) Génesis I, 26-30.